

Ki-Zerbo, Joseph, Historia del África Negra. Alianza, Madrid, 1980.

Capítulo 6 EL GIRO

1. LA DESINTEGRACION DE LOS IMPERIOS

Como hemos visto, Africa Negra ha conocido áreas de gran desarrollo entre los siglos XIII y XVI, desde el río Níger hasta las perfumadas orillas del océano Indico.

Sin embargo, a partir de este momento, se nota ya algo nuevo en el ambiente. Los Estados musulmanes, que hasta ahora, y a pesar de diversos episodios bélicos, habían representado un papel beneficioso como intermediarios para sí y para Africa Negra, van a lanzarse a una brutal política expansionista. Y lo que es más grave, Europa, que hasta el presente se había limitado a servirse de las relaciones (y de los servicios) que los árabes mantenían con Africa Negra, va a intentar conocer por sí misma a Africa, y luego intentará utilizarla a su vez para sus fines. Es el comienzo de una sombría aventura. En tres puntos del continente, en Songhai, en Etiopía y en Kongo, hallamos los signos precursores del giro capital que está a punto de producirse.

A. Songhai y la conquista marroquí

1. La conquista

Ismael, hijo de Askia Mohammed, y su sucesor Is'hak I mantuvieron alto el prestigio imperial, pues el segundo saqueó incluso Niani, capital de Mali. Pero ya durante su reinado el sultán de Marruecos mira allende el desierto, hacia las minas de sal de Tegahza, cuya posesión podría proporcionarle la llave del comercio oeste africano. En 1546 pues, pide a Is'hak la cesión de las minas. Is'hak, herido en lo más vivo, le envía la siguiente respuesta: «El Mahmúd que exige eso no es ciertamente el actual sultán de Marruecos. En cuanto al Is'hak que debería aceptarlo, ¿no es sin duda el que esto escribe! Ese Is'hak está todavía por nacer.» Al mismo tiempo, envió a un contingente de dos mil tuaregh a saquear la región de Wad Draa, en el Marruecos meridional.

En 1549 muere Is'hak, al que sucede Daúd. Este está animado por un vivo espíritu que lo lleva a organizar campañas contra el Møsi y Masina. Se dice que como desafío, envió tan sólo a veinticuatro jinetes a atacar la ciudad hausa de Katsína. Cuatrocientos jinetes katsina salieron de la ciudad para oponerse a los veinticuatro songhai, de los que quince fueron muertos y los otros nueve heridos y capturados. Lleno de admiración, el rey de Katsina los reexpidió al Asida Daud acompañados por el siguiente mensaje: «Hombres tan intrépidos no merecen morir.»

En 1555 Askia Daud deshace de nuevo el ejército maliano. Pero ya comenzaba Marruecos a tomar la iniciativa. Una rápida incursión sobre Tegahza permitía a los marroquíes matar al gobernador songhai y a numerosos tuaregh contratados para el transporte de la sal. Los supervivientes de la matanza pidieron al Askia que se crease un establecimiento junto a otras minas de sal que ellos habían descubierto al sur de Tegahza. Para 1557 el traslado era ya realidad; las nuevas minas se denominaron Tegahza al-Ghizlán (Tegahza de las Gacelas). Durante un tiempo hubo cierta calma. Pero en 1578 estalla una crisis política en Marruecos. El sultán Mohammed XI llama a don Sebastián de Portugal para que le ayude a recobrar el trono perdido, usurpado, decía, por su tío 'Abdu'l Malik; como contrapartida el marroquí cedería al portugués una porción de la costa de Marruecos. Atraído por la idea, don Sebastián desembarca con un ejército de 17.000 europeos, entre los que se contaba un contingente del ejército papal, todos ellos bajo las órdenes del inglés Stukeley. 'Abdu'l Malik, gravemente enfermo, se puso, no obstante, a la cabeza de sus tropas apenas supo del desembarco cristiano, y, sobre la marcha, arremetió contra los invasores en Ksar al-Kbir. En

el momento en que don Sebastián y Mohammed XI caían en el campo de batalla, ‘Abdu’l Malik fallecía en su lecho de enfermo, justo en el instante de la victoria.

El importante acontecimiento —la batalla de los «tres reyes»— será uno de los factores que van a precipitar la unión de Portugal con España hasta 1640. Por su lado, Mohammed XI fue despedazado, y su piel, rellena de paja, paseada por los grandes centros del país.

El nuevo sultán tenía apenas treinta años: se trataba de Mulay Ahmed ai-Mansur («el victorioso»). Quedó deslumbrado por ‘las deferencias que le prodigaron los europeos, aterrados por la victoria marroquí: Portugal le ofreció tejidos bordados en oro, una espada engastada de rubíes, piezas de arte chino; España, piedras preciosas; la reina Isabel de Inglaterra le expidió, en 1577, un cargamento de madera para la construcción de barcos.

A partir de ahora, Al-Mansur irá afirmándose en la idea de someter a vasallaje al imperio de Songhai, pero sus consejeros le predicen una catástrofe, si bien Al-Mansur les replica recordándoles el precedente del imperio almorávide. «Por otro lado —añadirá con ironía—, ¿acaso vuestros comerciantes no cruzan el desierto cada vez que así lo quieren, y sin defensa? » Y terminaba diciendo: « ¿Dónde está vuestra valentía, tan reputada, vosotros, que sois los vencedores de Ksar al-Kbir? » El Consejo acabó cediendo, y los años sucesivos fueron consagrados a los preparativos.

Por su lado, Songhai atravesaba una grave crisis en esa época. En 1588 una guerra civil, provocada por instigación del Balama Sidiki, había amenazado la integridad del país. A partir de 1589, un tal Uld Krinfil, seguramente funcionario songhai, es exiliado a Taudeni; logra escapar y se presenta ante Al-Mansur, haciéndose pasar por hermano de Is’hak II; ante el ‘gobernante marroquí el songhai traza un sombrío cuadro del imperio de Gao y de sus injusticias, insistiendo sobre todo en su debilidad. En junio de 1590, el sultán pide excusas a la reina Isabel por sus retrasos en la correspondencia, alegando los preparativos militares. Numerosos mercenarios europeos, a quienes agrada ver que Marruecos dirige su vigor ofensivo hacia el sur, en vez de hacia el norte, se enrolan en el cuerpo expedicionario. Sobre 4.000 hombres de tropa en el momento de la partida, los marroquíes apenas alcanzaban la cifra de 1.500. Los artilleros eran ingleses, y el comandante en jefe, un eunuco español, Dchuder Pashá ~. El ejército contaba con 5.600 hombres, de los cuales 600 eran batidores, 1.000 camelleros, 2.000 soldados de infantería, 500 jinetes y 1.500 lanceros. Para el transporte se emplearon 8.000 dromedarios y 1.000 caballos, que cargaban con las provisiones (trigo, dátiles, cebada). El 16 de octubre de 1590, Dchuder, rodeado por una guardia de setenta hombres europeos, salía de Marrákesch y, franqueando el Atlas por el paso del Glawi, se enfrentaba al desierto. La mitad de sus soldados perecieron en la travesía.

El Askia Is’hak II, informado defectuosamente sobre los invasores, se sitúa en Kaba, hacia el oeste; pero sus exploradores se apresuran a hacerle saber que la amenaza proviene del norte: el monarca vuelve precipitadamente a Gao, reúne un consejo militar y lanza instrucciones para que los pozos de la ruta norte sean cegados. Demasiado tarde. El 28 de febrero, Dchuder hacía un alto en la orilla izquierda del Níger, en un lugar llamado Karabara. Luego, sus tropas caían sobre Gao.

El choque se produjo en Tondibi: el ejército songhai, organizado precipitadamente, se componía de 12.500 jinetes y 30.000 soldados de a pie, sin armas de fuego. Dchuder, en cambio, disponía de armas de fuego, e incluso de cañones. Primero trató de convencer al Asida de que se rindiera sin combatir. Pero el ofrecimiento fue rechazado orgullosamente, aunque después de largas dudas, pues el consejo imperial se hallaba dividido, lo que les hizo perder un tiempo valioso. Se dice que para desbaratar las filas enemigas, los songhai utilizaron una treta: lanzaron contra el enemigo a los rebaños de bueyes, pero Dchuder ordenó a sus hombres que se apartaran y dejaran pasar a los animales. Otros afirman que en ese momento se oyeron algunos disparos de arma de fuego que aterrorizaron al ganado, que retrocedió violentamente sobre los propios songhai. El ejército de estos últimos estaba formado por

jinetes imbuidos de costumbres caballerescas más que de una férrea disciplina. Pero un núcleo de valientes se lanzó con energía contra el enemigo, logrando arrebatarse tres banderas. La mayor parte de ellos rehusaron proseguir la retirada ya iniciada. Los Sonna, cuerpos de ¿lite, ligados unos a otros por cuerdas atadas a sus piernas dejaron caer sus escudos y se colocaron, agachados, sobre ellos. Fueron masacrados en esta postura, y los soldados de Dchuder, que se habían enrolado para eso, les arrebataron los brazaletes de oro que llevaban en los brazos. Las armas de fuego, cuyo trueno se oía por primera vez en el cielo del Sudán, barrieron rápidamente a la guardia de honor.

2. La resistencia

Is'hak II, que se había retirado con sus tropas al Gurma, ofreció 100.000 piezas de oro y 1.000 esclavos a Dchuder; éste, instalado en Tombuktu, osó transmitir el ofrecimiento a Al-Mansur, constreñido por las epidemias que diezaban a sus soldados. Pero el sultán, enfurecido por un ofrecimiento tan mezquino, lo destituyó y envió a que ocupara su lugar a Mahmúd Zarkin, otro eunuco, que se presentó en agosto de 1591 decidido a intensificar y concluir la lucha. En dos batallas, el ejército marroquí obligó al songhai a retirar-se hacia el Dendi. El Askia, acorralado, abandonado e incluso agredido por algunos de sus hombres, se retiró en un primer momento hacia el Kebbi, pero allí fue considerado indeseable. Fue recibido en Gurma, aunque terminará siendo asesinado por bandoleros, en Bilenga.

Es elegido entonces uno de los grandes de la corte, Mohammed Gao, pero contra el parecer de algunos príncipes, que irán a ofrecer sus servicios al enemigo. Mohammed, para neutralizarlos, aceptó también el juramento de vasallaje al sultán, llegando pues todavía más lejos que el Askia Is'hak. Como caución, Zarkin le exigió que ordenase avituallar a los marroquíes, lo que hizo. Posteriormente invitó al Askia a presentarse ante él y rendirle homenaje. Apenas llegado al campamento enemigo, el Asida fue detenido y ejecutado con su séquito, antes de que el sultán de Marruecos, a quien se había consultado, hubiese podido responder.

Así, coexistieron dos Asidas: en el norte, un hombre de paja, adicto a los invasores; en el sur, el joven hermano de Mohammed Gao, una personalidad fuerte y enérgica, inflamada de patriotismo songhai: el Askia Nuh. Este tendrá una idea digna de un genio: trasladar el teatro de operaciones desde la estepa a la sabana arbolada. Allí, la guerrilla será mortífera para los invasores, que, por otro lado, hubieron de pagar un alto tributo en vidas a las fiebres y a la disentería, al mismo tiempo que en Tombuktu estallaba, en octubre de 1591, una revuelta que costaba la vida a 76 marroquíes. Tras los incidentes, Zarkin envid a su delegado, que tuvo la inteligencia de no responder con otra matanza, sino que exigió el juramento de fidelidad a los notables de la ciudad.

Pero esto duró poco. Ante el exiguo rendimiento de la guerra, Zarkin decidió confiscar los bienes de los habitantes de Tombuktu, lo que provocó un, atentado, reprimido salvajemente, y los bienes fueron por fin confiscados. Tras distribuir generosamente una parte de aquéllos allí mismo, envió 100.000 mithkai (470 Kg) de oro al sultán. Algunos burgueses de Tombuktu y cierto número de letrados fueron encadenados y exiliados a Marrákesch.

Entre ellos, el famoso sabio Ahmed Baba el cual, en una célebre entrevista con el sultán, mostraría el mismo orgullo y la misma libertad de lenguaje que sus parientes respecto al Asida. No aceptó entrevistarse con el sultán hasta que éste no hubo accedido a apartar la cortina que lo ocultaba. Además, refutó todos sus argumentos basándose en los textos y en la tradición. Su ciencia había alcanzado un reconocimiento tal que, después de su liberación, los eruditos de Marrákesch se arremolinaban a su alrededor para escucharle. El día de la partida lo acompañaron hasta las puertas de la ciudad y le desearon que Dios lo condujese hasta su país. Al oír esto, Ahmed Baba bajó sus manos, y rogando al Todopoderoso para que no le hiciese volver nunca jamás a Marrákesch, volvió su rostro hacia el sur, hacia Tombuktu. Pero allí

reinaba en este momento el caos más lamentable.

Songhai se hallaba dividido en dos porciones: el Dendi, en el este, y el reino de Tombuktu (de Masina a Gao), en el oeste. El Askia Nuh, pese a su energía, había sido derrotado, al fin, en 1595.

En cuanto al sultán de Marruecos, éste había tomado el sobrenombre de Al-Dhahabi (el dorado). Efectivamente, las mayores cantidades posibles de oro habían sido arrebatadas a las ciudades del imperio, incluso por la fuerza de las armas de fuego. Numerosas tierras expropiadas permitieron formar tierras habus. Los soldados marroquíes, que no podían ser controlados desde su lejano país, terminaron por elegir a un jefe propio, en nombre del cual llevaron a cabo sus plegarias. Por esta causa, se inició un período de gran inestabilidad: 128 pachás se sucedieron en noventa años. Mientras, el puñado de invasores tomaba mujer en el país y poco a poco se sumergió en la masa negra. Sus descendientes se denominan hoy arma, del nombre de los instrumentos bélicos que habían hecho su fortuna. Además, a comienzos del siglo xviii van a ser destrozados por el jefe targui Oghmor confinados en Tombuktu, se les dejará únicamente el derecho de elegir un portavoz.

3. Las consecuencias

¿Existe correlación entre la desmembración general y el hambre y epidemias que van a asolar la región que rodea la curva del Níger en los siglos xvii y XVIII? En realidad, diversos autores nos informan sobre ello ya en el siglo xvi. Pero por su frecuencia —cada siete o diez años— y ‘su virulencia, las de los dos siglos siguientes no tienen parangón. El hambre de 1616-1619, causado por una inundación desastrosa, y el de 1639-1643, provocado, al contrario, por un sucederse de años de sequía, dejaron un triste recuerdo. Según Es-Sa’adi, algunas personas se veían obligadas a comer cadáveres de animales de tiro, e incluso de seres humanos, en tanto que otros enterraban a los muertos allí donde caían, en casa o en la calle «sin lavar el cuerpo ni pronunciar plegaria alguna».

La escasa higiene provocaría la peste. La población se hallaba tan empobrecida que el pachá Haddu la eximió del diezmo de 1618. En 1643, los soldados de Dchenné, privados de vituallas, depusieron al pachá Mesa’úd y saquearon sus bienes.

Sin embargo, el hambre de 1738-1756 fue la más terrible. Estuvo marcado por una verdadera orgía de horrores, sobre todo entre 1741 y 1743. A ello se añadió la peste, que arrasó todo el Sáhel de este a oeste, a un lado y a otro de la curva del Níger, hasta el país wolof, hasta el hausa, reduciendo la población entre un 30 y un 50 por 100 en los pueblos y ciudades.

Arawán, que dependía del valle para su subsistencia, se despobló hasta convertirse en una miserable etapa caravanera. Cansados de enterrar a los muertos, se dejaba a las personas «en el campo, como carroña», se consumía sangre (¿qué sangre?) coagulada y convertida en polvo, granos y raíces silvestres, pues la taza de mijo, cuyo precio ‘había aumentado a extremos increíbles en 1738 (seis mil cauris), costaba ahora diez mil.

Solamente los ricos podían obtener telas de algodón y tejidos de lana burda (kara), que hasta ese momento se reservaban para los pobres y los campesinos. La mayor parte de la población volvió a utilizar las pieles de los animales y las hojas trenzadas. El Tedzkiret an-Nisian, que relata minuciosamente estos terribles años, no deja ninguna duda al respecto: las catástrofes tuvieron una influencia básica en la vuelta del área sabeliana a modos de vida menos elaborados, tan complejos, en cambio, en tiempos del imperio de Mali. El Tan> as-Sudán escribe: «Todo cambió en este momento. La seguridad dio paso al peligro, la opulencia a la miseria; a la tranquilidad siguieron alteraciones, calamidades y violencias. Por doquier, los hombres se devoraban entre sí; los saqueos se realizaron en todos los sentidos y en todo lugar, y la guerra no perdonó ni vidas, ni bienes, ni la situación de los habitantes. El desorden fue general; se extendió por todos lados, elevándose hasta el más alto grado de intensidad.»

El autor continúa diciendo que la degeneración era tal que los hijos de los sultanes practicaban el incesto con sus hermanas

El Africa sudánica parecía haber absorbido al invasor hispanomarroquí, pues de él ya no quedaba nada prácticamente. Pero desde este momento, nada volvería a ser como antes. Se había vuelto una página en el libro de la historia de Africa occidental. Durante mucho tiempo, las pistas del Sáhara ya no volverían -a ser portadoras de un fructífero diálogo comercial. La ruina del último gran imperio sudánico ponía de nuevo en acción las fuerzas centrífugas, que conducirán a la atomización sociopolítica. La ambición había conducido a un reino musulmán a destruir a otro reino musulmán, en el preciso momento en que, en la costa de Guinea, los navíos portugueses comenzaban a merodear y a reconvertir en su beneficio las antiguas rutas por las que se transportaban los cargamentos de oro y de esperanza del Blad as-Sudán.

B. La desmembración de Etiopía

La brillante civilización etíope de la época precedente nos es descrita por Francisco Álvares, miembro de la embajada enviada al Negus por los portugueses, que llega a Etiopía en 1520. En efecto, la amenaza de las potencias islámicas de la costa seguía siendo una realidad; ya durante el reinado de Naod (1494-1508), el emir de Harrar había lanzado incursiones contra Etiopía, pero habían podido ser detenidas. Durante el de Lebna Denguel («Inciense de la Virgen», 1508-1540) la regente Helena, princesa musulmana convertida, había enviado un delegado a Portugal. El resultado de este contacto había sido la embajada portuguesa de 1520, cuyo tesorero era Francisco Álvares. Pero los portugueses van a ser recibidos sin entusiasmo: Lebna Denguel había rechazado un nuevo ataque de Harrar, había matado al emir y, prosiguiendo su incursión, había invadido Adal y destruido el palacio del sultán.

Orgulloso por esta nueva gloria, Lebna Denguel quedó decepcionado por los raquíticos presentes que le traían los europeos. Y cuando en un mapa que le mostraban vio el reducido tamaño de Portugal, comparado con el de su reino, cuya superficie había sido exagerada por razones técnicas de representación cartográfica, concibió un sentimiento de orgullo. Y habiéndole sido dicho que en Europa había guerras, quedó consternado por el hecho de que reinos cristianos pudiesen llegar a las armas.

Aún así, aceptó, sin reticencias, que los portugueses -hicieran de Massawa una base naval, y les prometió su ayuda contra los musulmanes por su lado, él pedía artesanos y médicos.

Todo ello fue consignado en una grandilocuente carta que envió al rey de Portugal, en la que se enorgullecía por sus victorias sobre los «sucios hijos de Mahoma».

Pero en 1516 el sultán turco otomano Selim -había conquistado Egipto y había obtenido la sumisión de Arabia. Los turcos se presentaban con un renovado ardor para la guerra santa, para la cual se servían de contingentes de soldados dotados de armas de fuego. En ese momento, la relación de fuerzas en el mar Rojo quedaba equilibrada.

Cuando el embajador portugués abandonó Massawa, comenzó de nuevo el asalto contra el bloque cristiano de Etiopía. El líder era ahora Ahmed al-Ghazni, llamado Granye, es decir, el zurdo. Se trataba de un excelente comandante que había sabido cristalizar a su alrededor las esperanzas de los musulmanes de Adal, presentándose como imam de los verdaderos creyentes, a quien se había encomendado limpiar Adal de todos los vicios y desórdenes tolerados por el sultán y, sobre todo, de liberar a los musulmanes de la amenaza etíope. Para ello acaba con el sultán, y rehusa pagar el tributo a los etíopes. Atacado por el gobernador etíope en 1527, acepta el combate, enrola a bandas de somalíes fanatizados, obtiene de los turcos un reducido contingente de mosqueteros y se lanza irresistiblemente al asalto de las mesetas, altas. Saquea sin piedad ‘los monasterios y los palacios en los que los reyes etíopes

habían almacenado durante siglos sus tesoros: vestiduras de brocado, de terciopelo y de satén, incensarios, cálices y altares de oro macizo. Todo esto es transportado a Adal.

Una detrás de otra, las plazas fuertes etíopes caen en sus manos. Las conversiones forzadas afectan a nueve cristianos de cada diez. Lebna Denguel el Glorioso, acompañado por un pequeño grupo de partidarios, perseguido de escondrijo en escondrijo, logra escapar a duras penas. Ya sin esperanza, hacia 1535, logra hacer salir de Etiopía al único miembro de la embajada portuguesa retenido aún como rehén, a cambio de su propio enviado. El portugués, Bermudes, consigue llegar a Portugal, pero mientras, los turcos han ocupado el Yemen y las ciudades musulmanas de la costa, en tanto que su flota recorre y controla el mar Rojo. Finalmente, en 1541, ‘los portugueses pueden desembarcar 400 hombres en Massawa, dirigidos por Cristovao da Gama. Habiendo muerto agotado Lebna Denguel en el convento de Debra Damo, su hijo Claudio [Galawdeos] (1540-1559) tratará de apoyar a los portugueses. Los aliados vencerán en dos ocasiones a los invasores —Gama se adjudicará la mujer de Granye, capturada con otros prisioneros (1542). Pero ya al año siguiente Granye, dotado de un cuerpo de 900 mosqueteros cedidos por los turcos, y de diez cañones, reinicia las ‘hostilidades, aplastando a los cristianos, que son muertos o -heridos en su totalidad. Don Cristovao, capturado al día siguiente de la batalla, es torturado y muere; su cuerpo es despedazado. Tras esto, Granye vuelve a su cuartel general del lago Tana. Los restos del contingente portugués y la reina madre se reúnen con Claudio y un puñado de fieles en una fortaleza inexpugnable. En ella comienzan a concentrarse los etíopes por millares alrededor de su emperador. Y los portugueses se aprovisionan de municiones en un depósito construido por ellos anteriormente; su armero, que había podido escapar al desastre, es capaz de fabricar pólvora a partir del azufre y de nitrato locales.

Cuando se sienten dispuestos de nuevo, se lanzan ansiosos de revancha, hacia el lago Tana, donde logran sorprender a Granye, que muere cuando combatía a la cabeza de sus tropas, por un disparo de mosquete del criado de don Cristovao. Los somalíes del ejército de Granye se desbandan. Sólo los turcos aguantarán el choque, pero serán destrozados.

Claudio tratará de tomar de nuevo el poder y poner remedio a los graves problemas existentes. Sin embargo, poco después el emir de Harar, Nur ibn al-Wazir, incitado por la viuda de Granye, Bati, fortifica Harar y, en 1559, invade Fatayar. Claudio, a la cabeza de un ejército heteróclito, en el que los monjes eran los más entusiastas, se enfrenta a él el día de Viernes Santo, considerado nefasto por los etíopes. Claudio, cuya conciencia estaba alterada por haber atraído a la mujer de un sacerdote, se mezcla con los combatientes luchando furiosamente. Pero muere y su cabeza, después de ser presentada a la viuda del imam, será expuesta en Harar clavada en un poste durante tres años.

Pero en esta misma época grupos de galla, no cristianos ni musulmanes, comenzaban a llegar del suroeste, barriendo a su paso a unos y a otros. Hacia 1570 -los galia ocupan un tercio, aproximadamente, del viejo imperio etíope. Por otro lado, los turcos establecen una fuerte guarnición en Massawa y aíslan definitivamente a Etiopía, que ya no podrá esperar ninguna ayuda exterior.

Aquí, como a orillas del Níger, las armas de fuego habían abierto brutalmente un nuevo capítulo de la historia africana.

C. El desmoronamiento de Kongo

En Kongo la evolución va a caracterizarse por aspectos aún más crueles. Los portugueses, a su llegada, mantienen una actitud respetuosa, entablando relaciones serias con los congoleños, que, según un autor de la época, «tenían un alto concepto de sí mismos». «Los portugueses decían de ellos que eran hombres como ellos y cristianos» ~. Una vez en presencia del Mani-Kongo, Rúi de Souza -le besó la mano, según la etiqueta de la Corte de Lisboa.

En las directrices dadas por el rey de Portugal, Manuel, a su embajador Simio da Silva, se especifica que su actitud respecto al rey Affonso deberá ser respetuosa, como conviene a un rey auténtico, en nada tributario de Portugal; y en su carta a Alfonso, el rey portugués comienza diciendo: «Muy poderoso y excelente rey de Kongo.» Desgraciadamente, Affonso reinará durante largo tiempo, entre 1506 y 1543, el suficiente para presenciar y padecer el trágico giro a que será sometida el Africa Negra. Las decepciones van a acumularse, tanto en el plano religioso y político, como en el económico.

Si Portugal deseaba ampliar el reino de Cristo, había hallado en el rey kongoleño, Affonso, un neófito de envergadura, cuyo fervor terminará poniendo en dificultades al mismo rey cristianísimo de Portugal. En las veintidós cartas que de él quedan en los archivos portugueses se trata sobre todo de la situación religiosa del Kongo. Después de su conversión, Affonso había combatido intensamente los cultos africanos, ordenando reunir los «fetiches» para quemarlos, y prohibiendo, bajo pena de muerte, que fuesen conservados en las casas particulares, o sobre las personas. Uno de los familiares del monarca, que no se había doblegado a la orden, fue enterrado vivo. Algunos de los jóvenes kongoleños enviados a Europa —y que nos han sido descritos con una capa con capucha, calzas y jubón de fustán, camisa de tela y zapatos de cuero— entrarán en religión. También, el hijo de don Affonso, don Henrique, después de siete años de estudios en Lisboa, pronunciaba en Roma, en 1513, y en presencia del papa del Renacimiento, León X, un discurso en latín. Nombrado, tras dispensa de edad, vicario apostólico de Kongo, volverá a su país en 1521. De débil salud y mal visto por los miembros del clero europeo, será prácticamente neutralizado, muriendo hacia 1530.

Mientras tanto, los sacerdotes que Affonso no dejaba de pedir una y otra vez, llegaban en número ínfimo, y muchos de ellos poseían un nivel intelectual y moral muy mediocre.

Pero la vieja religión africana, desarraigada por un breve tiempo, volvía a nacer con gran empuje. El mismo rey, según testimonio de Rúi de Souza, parecía, más que a un hombre, «un ángel enviado por el Señor a este reino. El nos instruye. Mejor que nosotros, él conoce los profetas y el Evangelio».

La política portuguesa tendía a una asimilación pura y simple de Kongo a la Corte lisboeta y a la Cristiandad. Mbanza Kongo, la capital, cambia de nombre, y es rebautizada São Salvador, y el Regimiento de la Corte de Lisboa establece a orillas del Congo la misma jerarquía que a orillas del Tajo, con sus príncipes, sus infantes, sus duques (de Mbata, de Nsundi, de Soyo), sus marqueses, condes, vizcondes y barones, y todo ello en un sentido autocrático muy poco africano. Affonso tendrá el mérito, por lo menos, de no aceptar que el derecho portugués sea introducido como un simple barniz que oculte las costumbres kongoleñas.

Paulatinamente el poder sobre los portugueses que vivían en Kongo iba escapándose de las manos, ya que en caso de delito y culpabilidad, los portugueses debían ser trasladados a Lisboa. Desde el punto de vista económico, Alfonso había contado con la alianza de Lisboa para transformar el país. Hizo construir escuelas, en las que llegaron a reunirse un millar de alumnos, hijos de notables, para aprender gramática y lectura; sus muros eran altos, y sus bordes defendidos con espino, para evitar toda veleidad de fuga. Se estableció también una escuela profesional, pero los artesanos portugueses cubrían de golpes a sus pobres aprendices kongoleños, que aprovechaban cualquier ocasión para huir. Alfonso se queja de sus maestros de obra y de sus albañiles, que colocaban una sola piedra el día en los cimientos y luego se iban a sus casas, se llenaban de carne durante la Cuaresma, y reclamaban su salario con arrogancia; eran gentes de Santo Tomé, isla ocupada en 1470 por Portugal, y que se había convertido en un nido de filibusteros, de carne de prisión y de judíos que huían de Portugal por temor al verdugo. Estos aventureros y pobres diablos, emparejados por decreto real con jóvenes esclavas africanas capturadas a lo largo de las costas, proliferaban en un clima de

rapiña y degeneración. El gobernador, Fernando de Mello, que había conseguido monopolizar todo el comercio del litoral desde las costas de Guinea hasta el Kongo meridional, se arrogaba el derecho de controlar el comercio del rey Alfonso, prohibiendo cualquier contacto con los demás europeos, y procurando que el Mani-Kongo no llegase a poseer barcos, para que no pudiese relacionarse con el mundo directamente. Y lo que aún era peor, Fernando trataba a los enviados de Alfonso como «perros paganos». Retenía en Santo Tomé a alumnos kongoleños enviados a Lisboa, y hacía otro tanto con los regalos valiosos expedidos al rey de Portugal. Y los enviados de Lisboa, a su vez, eran burlados por los piratas de Santo Tomé. Con el fin de poner remedio a todo aquello, Alfonso había pedido que Santo Torhé fuese dejado bajo su autoridad. En vano.

Pero, ya en estos tiempos, los mercaderes de esclavos recorrían su país e incitaban a sus vasallos a rebelarse, llevándose en sus barcos a los príncipes e incluso a los parientes del monarca. Este, desesperado, se lamenta en una de sus cartas: «Para evitar todo eso, solamente queremos recibir de vuestro reino sacerdotes, maestros para las escuelas y, como mercancías, únicamente vino y ‘harina para el Santo Sacramento. »

Sin embargo, la situación empeoró cuando Santo Tomé fue convertido en centro diocesano con jurisdicción sobre toda la costa, incluido Kongo, desde el punto de vista religioso. Se llegó al límite de lo intolerable cuando el día de Pascua de 1539, media docena de blancos irrumpieron en ‘la iglesia en la que el monarca asistía a misa e hicieron fuego contra él, matando a una persona e hiriendo a dos. «Han querido matarme delante del Verdadero Salvador del mundo. ¡ Gracias le sean dadas! », dijo Alfonso, que moriría algunos años más tarde, del mismo modo que había vivido, como un santo varón. Y como un rey que no comprendía nada de cuanto ocurría a su alrededor.

¿Cuál es la causa de este fracaso? Sin duda, hay que tener en cuenta que Portugal era un país de escasa entidad, lejano y poco poblado, que no podía estar presente en cada rincón de su imperio ¡~lanetario. Pero existe otra causa: la utilización y la organización del imperio había cambiado de significación paulatinamente. Era concebible, en efecto, que los europeos hubieran tomado el relevo del mundo islámico y que vinieran a poner a Africa en contacto directo con el movimiento de t&nicas del que este continente, desde hacía varios milenios, tenía noticias sólo de manera difuminada y mediata. Pero le estuvo prohibido participar en esta ocasión hi-stórica. Implacablemente, la ley de bronce del desarrollo económico condi~jo a Europa a abusar de un continente aislado que sólo pedía recibir... y dar.

II. LOS PRIMEROS CONTACTOS CON LOS EUROPEOS Y LA TRATA DE NEGROS ENTRE EL SIGLO XV Y EL XIX

A. Primeros contactos

El príncipe Henrique ordenó que sus carabelas se dirigiesen, armadas para la paz y para la guerra, al país de Guinea, donde la gente es extremadamente negra ~. «Buscamos cristianos y especias»

Subrayemos, en primer lugar, que la trata de negros no fue una operación premeditada. Aquellos que partían para la «santa empresa de la ruta de las Indias y de las especias» sabían lo que iban a buscar pero ignoraban lo que iban a encontrar y cómo lo iban a encontrar. Las causas de este tenaz empuje hacia mundos lejanos eran muy variadas, aunque fueron admirablemente resumidas por Vasco de Gama: «Cristianos y especias.» Efectivamente, si los europeos buscaban metales preciosos, buscaban también otro tipo de minas, minas espirituales: minas de ánimas. El infante portugués Henrique, llamado el Navegante, al que su padre había confiado en 1515 el cargo de gobernador del fuerte de Ceuta, en el norte de Africa, era un ferviente cristiano que concebiría el plan de tomar el Islam por detrás, uniendo sus fuerzas a las del «preste Juan», que no era otro que el negus etíope.

En verdad, la leyenda del preste Juan parece haberse originado a partir de una carta enviada por el negus (el «preste») mismo al emperador Manuel Comneno, hacia 1165, en la que le describe su reino como un espléndido país: «Dominaba a setenta y un reyes; se vestía con la piel de un reptil que vivía en medio del fuego; iba a la guerra precedido por trece cruces de oro; no deseaba otra cosa que avanzar sobre Jerusalén para exterminar a los infieles.»

Desde ese momento los europeos trataron de encontrar por todas partes al famoso monarca cristiano; al no haberlo hallado en Asia, se apoyarán en ‘los rumores traídos por viajeros provenientes de Palestina, según los cuales un rey cristiano dominaba un país situado más allá de Egipto, llegando a la conclusión de que se trataba del preste Juan.

Ahora bien, en 1402 el negus envía a Venecia, como presentes, dos leopardos y productos aromáticos. No debe extrañarnos, pues, que Alfonso y de Aragón envíe una embajada al rey de reyes para negociar el casamiento de ‘la infanta doña Juana con «Isaac [Itz’haq], por la gracia de Dios preste Juan, dueño de las indias, poseedor de las Tablas [de la Ley] del Sinaí y del trono de David». La embajada debía pasar por Jerusalén y Arabia, pero, como hace notar un escritor de la época, «el sultán de Egipto no permite que ningún cristiano se dirija -hacia la India por el mar Rojo ni por el río Nilo, a tierras del preste Juan, por el miedo que él tiene de que los cristianos lleguen a un acuerdo con él para arrebatarse el dicho río». Efectivamente, como explica La Broquiére, enviado del duque de Borgoña: «Si pluguiera al preste Juan, él podría hacer desviar el río hacia otra parte.» Un plan de este tipo era una vuelta a los ideales de cruzada; había sido facilitado por el notable desarrollo de la cartografía, ya en esta época, gracias al impulso de escuelas célebres, como la gran escuela de cartógrafos judíos de Mallorca o las efemérides de Nuremberg. En la Marciana de Venecia, frente al palacio de ‘los Dogos, existe un magnífico mapamundi, que fray Mauro acabó de pintar en 1490. En él el mapa de Etiopía es la pieza clave.

Henrique de Portugal había reunido en Sagres un numeroso equipo de geógrafos, una verdadera junta de matemáticos y navegantes, entre los cuales se hallaba el veneciano Alvise Ca’ da Mosto, cuya colaboración iba a producir resultados impresionantes. Ferviente cristiano y con gran curiosidad por los descubrimientos científicos, Henrique era también un hombre de negocios que no subestimaba en absoluto los beneficios económicos de la «santa empresa».

En esta época Europa necesitaba abundantes provisiones de oro para utilizarlas en sus compras de especias asiáticas. La pimienta, el pimentón, la canela y el jengibre constituían, junto a los tejidos de valor, junto a la seda y al índigo, los principales capítulos de las importaciones europeas de aquel continente. Las desastrosas guerras entre europeos (guerra de los Cien Años) habían agravado ulteriormente la carencia de metales preciosos. El oro se extraía sobre todo de Africa, pero ‘los musulmanes del Mágreb eran sus interesados intermediarios. Ahora bien, la teoría económica que prevalece en esta época es la del bullionismo mercantilista, según la cual «no existe más riqueza que el oro, luego hay que comprar lo menos posible y vender la mayor cantidad posible, para acumular grandes cantidades de oro.

En cuanto a las especias que provenían del Asia oriental, pasaban, desde la Malasia hasta Italia, por las manos de los comerciantes chinos, persas, armenios, árabes, egipcios, sirios o genoveses, todos ellos duros de pelar en cuanto a las ganancias. En otras palabras, las especias llegaban a las cocinas y a las droguerías europeas con precios muy elevados. De aquí pues proviene la idea de provocar un cortocircuito en las rutas comerciales árabes, buscando nuevas rutas marítimas hacia las perfumadas Indias, es decir, rodeando Africa. De este modo el gran deseo cristiano se compaginaba admirablemente con los fines comerciales. Sin embargo, el proyecto era arriesgado; y corrían las más macabras ‘historias sobre -los peligros de «la mar tenebrosa» —existían, se decía, gigantescos arrecifes imantados que atraían a los barcos para que se estrellasen contra ellos.

Afortunadamente, los navegantes europeos habían ideado un tipo de velero robusto, de superestructuras elevadas, que se portaba bien en alta mar: la carabela. Si a ello añadimos la adopción de la pólvora, inventada por los chinos, y preparada de modo que sirviese para las armas de fuego, la adopción de la brújula y la invención del timón vertical, vemos que existían ya ‘los medio~ técnicos necesarios para la realización de los objetivos europeos. La presencia de corrientes marinas favorecerá la partida hacia los trópicos: en efecto, una corriente bordea la costa africana desde las Azores ‘hasta el golfo de Guinea. Y ya en él otra corriente ecuatorial parte de un lugar situado entre la isla de Santo Tomé y el cabo Lopes, atraviesa el Atlántico y llega a las proximidades de la costa venezolana.

Pero si tales condiciones eran necesarias no eran, con todo, suficientes pues hacía falta además que los hombres no temiesen enfrentarse a los riesgos de lo desconocido; sobre ello, los portugueses decían jugando con las palabras: «Quem passa o cabo de Nao ou tornará ou ná» («quien pasa el cabo de Nao, volverá o no volverá»). La mayoría de ellos dudaba o incluso se mostraba hostil. Fue necesario que hombres como Henrique el Navegante dieran el primer paso.

Pese a los consejos de los judíos y de los musulmanes que conocían el interior de Africa, los primeros veinte años de esfuerzos serán coronados sólo por resultados mezquinos. En 1420 se llegaba a las islas Madera. En 1434 Gil Eannes, escudero del príncipe Henrique, superaba el cabo Bojador. En 1437 se avistaban las islas Azores. Pese a todo, el impulso había sido tomado de modo irreversible.

En 1441 y 1445, son ya decenas de barcos las que se lanzan al mar para buscar tierras nuevas. En 1447, una de las Canarias es comprada a uno de los herederos de Jean de Bétencourt, gentilhombre normando. En 1448 es construida una fortaleza en la playa de Arguin. En 1450, Ca’ da Mosto alcanza la desembocadura del río Senegal, luego la del Gambia y la del Casamanza, y es recibido por el rey de Cayor. En 1487 Bartolomeu Dias llega a ‘lo que será El Cabo, que bautiza Cabo de las Tormentas, pero que Henrique rebautizará Cabo de Buena Esperanza. Cuando Henrique el Navegante muere, se ha alcanzado ya Sierra Leona. En 1481 los portugueses edifican el fuerte de S~o Jorge da Mina (Elmina), y Jodo II, dt. acuerdo con el papa, se titula «señor de Guinea». Este nombre, que encontramos ya en 1320 en el mapa del genovés Giovanni di Carignano (Gunuia) y en el mapa catalán de 1375, bajo la forma de Guinuia, era, según León el Africano, una corrupción del nombre de Dhenné. Quizá sea tan sólo la corrupción de la palabra Gana. Resumiendo, acababa de ser rodeada la gran jiba del continente africano que se proyecta en el Atlántico.

También en la Corte de España comenzaba a difundirse la fiebre de las exploraciones. Y en nombre de España un genovés, Cristoforo Colombo (Cristóbal Colón), alcanzará lo que va a ser América (1492). Seis años después, el portugués Vasco de Gama, doblando el cabo de Buena Esperanza, se presentaba en las islas de la costa oriental de Africa con gran disgusto de los comerciantes árabes, y entraba a su vez en el curso del monzón, dirigiéndose hacia la India.

En 1500, por un error de navegación, el portugués Pedro Álvares Cabral llegaba a una tierra que, de uno de sus árboles, de color brasa, recibirá el nombre de Brasil.

Luego llegará el turno de Magallanes, cuyos barcos marcharán hacia todos los continentes.

Este amplio haz de acontecimientos estaba constituyendo algo así como una toma de conciencia de la unidad del planeta. Podía ser el comienzo de la unión de los hombres hacia el progreso. Para Africa, ¿no era ésta la ocasión, tan esperada, de unirse a la gran caravana humana?

En cambio, comenzaba precisamente ahora un tormento infinito. El saqueo febril y cínico de sus riquezas, incluidos sus hombres, durará cuatro siglos.

En un principio, los europeos buscarán sobre todo metales preciosos. El mismo nombre

de São Jorge da Mina es, a este respecto, una constatación y un programa. Lo mismo puede decirse de la palabra guinea, que designa a una moneda inglesa, y que proviene del hecho de haber sido acuñada por primera vez en 1662 con oro guineano ~. Además sabemos que desde el siglo xvii la corriente del oro que, pasando por Begho, iba hacia el norte, cambió de dirección y comenzó a inundar la costa.

B. La trata de negros

1. Orígenes y evolución

¿De qué modo pudo llegarse al comercio al por mayor de negroafricanos? Algunos quieren hacer creer que ‘los europeos no hicieron más que imitar la práctica corriente por aquel entonces en Africa. Pero aquella no era exclusiva del continente negro. Por doquier, durante la Edad Media, el esclavismo indicaba un cierto estadio de evolución socioeconómica. La palabra «esclavo» proviene, como es bien sabido, del hecho de que los eslavos de Europa central solían ser objeto de venta a lo largo de la Edad Media. Vimos asimismo cómo el emperador de Mali poseía esclavos blancos. La esclavitud era habitual en Africa, distinguiéndose normalmente entre esclavos de casa y esclavos de guerra; estos últimos terminaban por formar parte de la primera categoría después de cierto tiempo. En verdad, en las regiones de Africa en las que la evolución económica se hallaba más

avanzada, por ejemplo alrededor de los centros urbanos de Dchenné y Tombuktu, la esclavitud había adquirido características de explotación acentuada. En ocasiones un mismo príncipe, o un solo mercader poseía grupos de cien o doscientos esclavos. Algo semejante ocurría sin duda en las islas afro-árabes de la costa oriental —por ejemplo, en Zanzíbar—. Aunque tales esclavos vivían con sus familias, es decir, se trataba más bien de siervos adscritos a un fundo, si bien era un caso bastante localizado en el tiempo y en el espacio.

En general, en Africa el esclavo se integraba rápidamente en la familia que lo poseía. Como escribe monseñor Cuvelier: «Tal como existía en Kongo, la institución de la esclavitud parecía tolerable.» Y subraya que un esclavo estimado y honrado podía sustituir de forma interina a un jefe. Estaba prohibido ‘hacer alusión a la situación anterior de un liberto.

Así pues, el esclavo poseía derechos cívicos y, más importante aún, derechos de propiedad, existiendo múltiples procedimientos de emancipación, algunos de los cuales dependían de la iniciativa del propio esclavo. En Kongo se vio incluso a esclavos que poseían esclavos. Un padre de familia llama a su esclavo mwána (el niño, el hijo). La ambigüedad alcanza tales niveles que para designar con precisión a un hijo verdadero se emplea ‘la expresión «hijo de vientre». Y el negro, para concretar tal expresión y alejar todo equivoco,’ «tomó entre sus manos, a través de la ropa, sus partes genitales». Por eso el doctor A. Cureau ha podido escribir: «La verdad es que el esclavo kongoleño es un elemento sobreañadido a ‘la familia. Es un miembro postizo, un hijo artificial, por decirlo así.» En otros lugares la situación no era siempre tan favorable. Pero con todo, la estructura patriarcal y comunitaria impedía que el esclavo negro fuese un bien en el sentido romano y catoniano del término. Por otro lado, existían etnias en las que el esclavo era desconocido, como entre los fang de Africa ecuatorial. Es pues ridículo afirmar que los europeos sólo hubieron de continuar una práctica preexistente por doquier.

Pero aun en el caso de que hubiese sucedido así, a partir de ahora no iba a tratarse del mismo fenómeno. En efecto, en 1442 António Gonçalves, chambelán de Henrique el Navegante, desembarcaba en la costa y capturaba un ‘hombre y una mujer; luego, como en el curso de otra revuelta los negros se defendieran, el portugués hizo matar a tres y se llevó a diez. En 1444 Lanzarote de Lagos se lleva a su vez doscientos sesenta y tres esclavos y logra venderlos con facilidad. Numerosos norteafricanos, capturados de esta manera, fueron conducidos a Portugal. El motivo era entonces, quizá, demostrar que se había llegado

realmente a la costa de Africa, al país de los negros, y satisfacer la ardiente curiosidad de sus compatriotas: ¿cómo podía alguien ser negro? Rápidamente los portugueses se apercibieron de que se extraía un beneficio considerable en adquirir, junto a los colmillos de elefante, al polvo de oro, la goma arábica y la pimienta, esclavos negros, vendidos en las costas y revendidos luego a los clientes de Lisboa o de Lagos. Llegó a ser de buen tono, como luego en Francia y en Inglaterra, dar un toque exótico al séquito, al salón, a la carroza y a los establos. Ya en 1550, un décimo de la población lisboeta estaba compuesta de esclavos negros. Y hasta aquí, en fin de cuentas, se trataba aún en realidad de la continuación del sistema esclavista africano, trasladado a otras tierras.

Pero América se había convertido en posesión española. Las brillantes civilizaciones inca y azteca acababan de ser brutalmente decapitadas; fuera ya de las mesetas, en las llanuras costeras las poblaciones políticamente menos evolucionadas eran esclavizadas para el trabajo en las plantaciones; entre ellos, la mortalidad era terrible. Y es ahora cuando el misionero Las Casas vuelve a Europa para defender su causa, proponiendo en primer lugar el aumento de colonos españoles. Más tarde, al proponérsele sustituir a los indios por los más robustos negros, aceptará la idea, como un mal menor, e incluso llegará a la conclusión de que si los negros llegaran a adquirir el derecho al bautismo y por tanto a la salvación del alma, por medio de la servidumbre del cuerpo, podrían «matarse dos pájaros de un tiro». De todos modos es falso ver en Las Casas al hombre que puso en movimiento la infernal máquina de la trata. Las condiciones económicas eran tales que la ambición humana no ‘habría tardado en asociar rápidamente las necesidades inmensas de mano de obra barata allende el océano y el no menos inmenso vivero de pueblos africanos a este lado del océano, impotentes ante las armas de fuego de los negreros europeos. Y así dio comienzo la marcha hacia ese tonel sin fondo que fue el mercado americano.

Al principio los españoles se dirigieron a los portugueses pues, desde 1454, el papa Nicolás V había afirmado el monopolio portugués sobre la costa africana. Cuando se produjeron las primeras fricciones entre España, establecida desde tiempo atrás en Canarias, y Portugal, el papa Alejandro VI zanjó la cuestión trazando sobre el mapa del mundo una línea meridiana que pasaba a cien leguas españolas del límite oeste de las Azores. A occidente de esta línea, todo pertenecía a España; al este, a Portugal. El Tratado de Tordesillas de 1494 confirmaba, sin grandes cambios, el veredicto papal, que echaba a Africa en las alforjas de Portugal. Es conocida la frase de Francisco I de Francia, ante la decisión: «Tengo gran curiosidad por saber —decía— dónde está la cláusula del testamento de Adán que me excluye del reparto del mundo. » Sin decirlo, otros Estados europeos no hicieron ningún caso de tan arbitraria partición, y ello sin tener en cuenta a los protestantes, que nunca se sentirían afectados por él.

Así, van a estallar violentas querellas entre europeos a causa de una costa en la que predominaban ‘los portugueses desde la segunda mitad del siglo xv y la primera del xvi. Los holandeses, cuya flota era considerable, tomarán el relevo a partir de la segunda mitad del siglo xvi y los primeros años del xvii, es decir, hasta cuando la competencia implacable dirigida contra ellos por Colbert fue pasando la preponderancia a Francia durante la segunda mitad del siglo xvii. En este momento los ingleses, que llegaban con retraso a la carrera comienzan a dominar los mares, adjudicándose el liderazgo en el comercio negrero: el primer cargamento fue transportado en 1562 por John Hawkins.

2. Métodos y medios de acción

Los métodos de acción eran extremadamente simples: propaganda psicológica con el fin de hacer creer a los negros, por medio de un amplio despliegue de fastuosidad y de fuerza, que se trata del primer país de Europa; o bien para desviar a los demás negreros de las costas especialmente interesantes, narrando fantasías terribles sobre ellas.

Se utilizaban también los viajes a Europa. Así, después de haber hecho llegar al rey de

Ardres un jubón de satén y babuchas escarlata, el señor Delbée organizó un viaje para el embajador real, Mateu Lopes, hasta París. Fue recibido en las Tullerías, donde Delbée leyó en su nombre una salutación dirigida a Luis XIV, en la que cedía a Francia el monopolio de tierras, puertos y comercio. Agasajado en Rambouillet, fue llevado, con un cortejo de siete carrozas, a escuchar un concierto de oboes, ofreciéndosele luego (quizá para que se hallara como en su casa) un espectáculo con monos. De vuelta, fue acompañado por la luz de antorchas...

Pero no siempre todo era tan agradable, y cuando la diplomacia resultaba vana, eran las armas las que decidían. Los holandeses, por ejemplo, lucharon con los portugueses por los puertos de Kongo y de Angola, cañoneando los ‘pueblos de la costa senegalesa que osaban comerciar con los franceses.

El inglés John Hawkins llegaba en 1562 a la costa guineana en un barco llamado curiosamente «El Jesús», robaba el cargamento a ‘los demás barcos negreros y lo cambiaba, ya en América, por azúcar. Y, tras concluir tratos con un monarca negro al que había comprado cierto número de cautivos, llegaba incluso a capturar y encadenar al mismo rey, a sus mujeres, a su corte ‘.. Se convirtió rápidamente en uno de los más ricos mercaderes de Inglaterra. Si en un principio Isabel I lo controlaba, pronto fue nombrado tesorero de la flota y armado caballero. En sus armas podía verse un negro atado: «A demi-more in its proper colour bound with a cord.»

Las localidades estratégicas, como Arguin, Gorea, Elmina, Santo Tomé, Luanda, etc., pasarían con frecuencia de unos a otros, según quién dominase en aquel momento. ¿Quiénes realizaban las faenas de la trata? En primer lugar, las compañías. Los comerciantes europeos se unían para hacer frente a los ‘riesgos importantes, de un comercio que, en el mejor de los casos, obligaba a mantener los barcos en el mar durante ocho o diez meses. Las compañías trataban de obtener del poder público privilegios que podían llegar hasta el monopolio: ya en 1626, la Compagnie Rouennaise deseaba obtener de Richelieu poder comerciar en la costa de Africa «privativamente sobre todos los demás». Después de ‘las vicisitudes de la Compagnie du Cap Vert et du Sénégal, Colbert creaba —y llenaba de privilegios—, en 1664, la Compagnie des Indes Occidentales, que monopolizará durante cuarenta años el tráfico desde cabo Verde al cabo de Buena Esperanza, y el de las Antillas. Luego le llegó la vez a la Compagnie du Sénégal (Compañía del Senegal, 1672-1681). Y hombres como Voltaire no tendrían reparo en pertenecer a las compañías de su tiempo (siglo xviii). En Inglaterra, en 1661, la Compañía de los aventureros reales de Africa obtuvo el derecho exclusivo de la trata entre cabo Blanco y el cabo de Buena Esperanza, siendo sus accionistas duques y pares. En 1697 el Parlamento obtiene la libertad de tráfico para todos los súbditos de la Corona, lo que provoca un boom extraordinario: en nueve años, entre 1680 y 1689, la Compañía Real envió tan sólo doscientos cincuenta y nueve navíos cargados con cuarenta y seis mil trescientos noventa y seis negros, en tanto que en dos años, de 1698 a 1700, los mercaderes privados transportaron cuarenta y dos mil negros a Jamaica. Un tipo especial de monopolio fue el que España vendía a un particular o a un país, lo que le permitía transportar un número o un tonelaje determinado de negros a sus colonias americanas. Se trata del asiento, concedido por primera vez a los flamencos, en 1518, por Carlos V, pasando luego sucesivamente a los genoveses, a los portugueses y a los ingleses. La Companhia Portuguesa de Guiné, que lo firma en 1696, se obliga a sí misma a proporcionar «diez mil toneladas de negros»

Digamos que los países que llegaron primeramente a América o a Africa van a ser sustituidos en el campo del comercio por otros países, por falta de una flota adecuada. La Armada Invencible de Felipe II fue dispersada por los ingleses junto a las islas Británicas; y los portugueses no poseyeron nunca gran cantidad de navíos. Así, podría decirse que estos países, que carecían por otro lado de manufacturas importantes, sacaron las castañas del fuego a los demás.

Los flotas son, en efecto, un útil indispensable. Los barcos, que llevan verdaderos nombres-programa (Concorde, Justice, A/ricain, Roi-Dahomey, Sénégalais, etc.), está provistos de un arsenal de hierros especiales, de remaches, cadenas, puentes, falsos puentes, para controlar y almacenar el cargamento humano con la menor pérdida posible de sitio. Las instrucciones de los armadores a los capitanes son trozos de literatura condimentados con humor negro. Todo se halla reglamentado minuciosamente: las plegarias de la mañana, las de la tarde, el precio de los negros, los cólicos de la tripulación y la limpieza de las pailas «Hay que procurar que los negros hagan gárgaras con zumo de limón o con vinagre, para evitar el escorbuto, y dar toques con la piedra de vitriolo en las pequeñas llagas. . . »

Los barcos que se lanzaban al mar, a través del Atlántico, entre tres continentes, conseguían beneficios en cada etapa larga de este comercio triangular. Puertos como Nantes, Bordeaux, Saint-Malo, Liverpool, se especializaron en el tráfico negrero y edificaron su riqueza sobre madera de ébano.

En cambio, los puntos de a-traque situados en la costa africana carecían del esplendor orgulloso de los puertos europeos: la factoría tenía tan sólo un establecimiento comercial apoyado en ocasiones en un fortín, y era únicamente una ventosa. La factoría tenía la ventaja de permitir una rotación más rápida de la flota, ya que los stocks de negros esperaban en ellas a los barcos de carga. Pero con frecuencia los gobernantes locales exigían derechos y «regalías», a veces muy elevados. Allí, en medio de un verdadero caldo de cultivo en el que la traición y la ambición no iban a la zaga de la crueldad y de la depravación, vivía un hampa de intermediarios que podía ser mestiza, intérpretes, juglares y negociantes de todo pelo. Chusma blanca y negra, que se llevaban muy bien entre sí: el negro Cupidon (Cupido), por ejemplo, podía permitirse unas largas vacaciones en Saint-Malo. Los negreros constataban que tal intermediario negro es muy fiel, «como si fuese un blanco afrancesado»; tal otro, es «dignísimo y muy honrado hombre, pese a ser negro». Un capitán bretón encuentra que «las mujeres de Petit Marabout se mostraban muy solícitas con ‘los marineros enfermos’». Otro negro «ama a Dios y hace cantar misa por la conservación de mi salud». En cuanto al rey Pitre de Mesurada, se había convertido en un verdadero aliado.

Había surgido una etiqueta especial que presidía la celebración de este macabro rito, un protocolo de bienvenida, derecho de trata, tasa real por cabeza de negro vendida, prioridad en la compra de lotes de esclavos pertenecientes a los gobernantes, comisión para el inter-mediano... El negrero era una fiera de que sacaban provecho nubes de pulgas.

Algunos negreros preferían dedicarse a la trata improvisada, de cabotaje, sobre todo en el caso de que, como los franceses, no disponían de un número suficiente de factorías legalmente instaladas; pero tal sistema no carecía de riesgos, y más de un negrero, despojado de todos sus bienes, incluidas sus ropas, apenas pudo salvar algo más que su propia piel. Siempre que, si ayudaba al prestigio del poderoso extranjero, no acabase siendo víctima de un festín ritual: el canibalismo, en efecto, como entre los antiguos egipcios, existía en algunas regiones boscosas a título de ritual mágico de captación de fuerzas del enemigo.

Así pues, el tráfico negrero se realizaba a través de estaciones, escalas, factorías que, como un cinturón de hierro, rodeaban el continente africano. Solían instalarse en islotes próximos a la costa, fáciles de defender, o en una altura cercana a la orilla. Así surgieron ‘Arguin, Gorea, las islas de Los, Elmina, Fernando Póo, Luanda, Santo Tomé, etc. El personal de la factoría era exiguo en número, en general, y de calidad muy mediocre. En el fuerte de São Luiz de Juda (o Ajuda, hoy Ouidah, o Widah) no había más de treinta empleados, como mucho, entre los que se encontraba un director, un administrador, un almacenista, un tesorero, un cirujano, un oficial, un recadero y soldados. En 1685, un individuo llamado de La Courbe, inspeccionando en San Luis algunos establecimientos de su compañía, se encontró con que los empleados estaban en calzones y en camisa, y que cada uno de ellos poseía su negra. Además, el edificio principal estaba abierto por los cuatro

costados, y su maderaje se pudría. «Si los negros hubiesen querido, nada hubiera resultado tan fácil como degollar a todos los blancos.» De La Courbe trató de poner un poco de orden en aquel lugar expulsando a las mujeres fáciles que los empleados decían ser sus cocineras. Erigió una cerca, instauró un régimen de llamada a lista y de toque de queda, una cocina común, un lavadero común, pero sólo consiguió la irritación general. Tales rigores, que no debieron de sobrevivir a la estancia del inspector, se hacían necesarios desde el momento en que no ‘había ningún tipo de contabilidad, ni informes del personal, ni inventarios de los cargamentos. Ingleses y holandeses eran, por lo general, algo más estrictos;

solían emplear a un menor número de blancos, pero no dudaban en instaurar un mínimo de infraestructuras. En las islas de Los, por ejemplo, abrieron talleres de carenaje y de construcción, llegando incluso a botar barcos de un centenar de toneladas.

3. Madera de ébano

¿Cuáles eran los objetivos del tráfico negrero? Un cargamento de la Compañía del Senegal, confiscado por acreedores irlandeses de la Compañía en el momento de su partida de Africa, nos proporciona una idea cabal sobre ellos: diecisiete mil pieles curtidas, treinta y ocho toneladas de goma, más de una tonelada de marfil. Por su lado, el abate Demanet escribe: «El hierro y el aguardiente es la parte principal del comercio africano. Basta poseer hierro y aguardiente para tener la seguridad de obtener oro, cautivos y marfil. Para todos los tratos son necesarios objetos de cristal de todo tipo. Es la mercancía más barata para utilizarla en las negociaciones y sobre la que se obtiene un mayor beneficio. Sin los objetos de vidrio la colonia no podría subsistir. Negros y negras, mulatos y mulatas llevan cinturones extraordinarios, con tres o cuatro capas de espesor. De los pañuelos de fondo rojo se obtiene un beneficio considerable, tanto en la trata de cautivos como en los intercambios realizados por el oro del país.» Vemos, pues, que por un ‘lado tenemos barras de hierro, aros para las orejas, tejidos y vestimentas que en realidad no son con frecuencia más que trapos viejos, vestidos corrientes de vivos colores y viejos vestidos de teatro trasladados a la costa africana desde los desvanes europeos. Más de un rey africano de las tierras costeras se nos presenta, en los grabados de la época, disfrazado de granadero o de gendarme, lo que, a fin de cuentas, correspondía a sus funciones verdaderas. El alcohol, que corría en grandes cantidades, estaba adulterado con suma frecuencia, se le había añadido agua o, según consejo de un negrero holandés, jabón «para que tuviera un aspecto espumoso en su superficie, lo que para los negros es una prueba infalible de calidad». En casos límites, vemos negros comprados únicamente con alcohol. O bien, se puede invitar a un hombre fornido, de los que vagan habitualmente entre el mar y el almacén, a tomar unas copas de aguardiente, en espera de que comience a tambalearse, momento en que se le puede encadenar limpiamente con vistas a la exportación. Una mercancía más peligrosa sin duda que las chucherías de vidrio, los mosquetes y ‘luego los fusiles, llegarán a formar parte, cada vez con mayor frecuencia, del tráfico comercial; tales artefactos, verdaderos cacharros reformados, solían ser más peligrosos para quien los utilizaba que para sus enemigos.

A cambio de los productos europeos, en general de calidad mediocre, los negreros exigían pieles, goma, marfil, oro y, sobre todo, negros. Desde Arguin ‘hasta Angola, la costa, según el mapa del señor D’Anville (1729), queda dividida en siete sectores: Senegal, Sierra Leona, Tierra de Galam y Maniqueta ‘~ (Guinea), Costa de Marfil y de los Kwa-Kwa, Costa del Oro, Reinos de Ardres, de Juda y de Benín, Costa de Loango y de Angola. Vemos que Kongo no figura en la lista, sustituido por Angola, que se convertirá durante siglos en el paraíso de los negreros, más que la Costa de Oro y que Benin (Costa de los Esclavos). Cada sector era conocido por poseer un tipo determinado de esclavo cotizado en los puertos negreros de Europa y de América: «Negros del Cayor: esclavos de guerra que maquinan rebeliones. Bámbara: estúpidos, tranquilos y robustos. Costa de Oro y Widah: buenos

agricultores, pero propensos al suicidio. Kongoleños: alegres y buenos obreros.» Los mejores cautivos recibían el nombre de «piezas de India»; se trataba de negros de quince a veinticinco años, «sin defectos, con todos los dedos y dientes, sin membrana en los ojos y de excelente salud». Se habían establecido algunas equivalencias: dos niños de tres a siete años, una pieza; tres niños de ocho a quince años, dos piezas de India; una madre y su hijo, una pieza, etcétera. Los intercambios se llevaban a cabo por el sistema de trueque, aunque finalmente, en numerosas factorías, se adoptaron unidades contables convencionales: la onza, el paquete, 'la barra. Cada mercancía se expresaba en onzas; se utilizaban también otras monedas, como los cauris, el polvo o las pepitas de oro; en este último caso se trataba a menudo de chapados de oro, pues ciertos especialistas en orfebrería trabajaban para los timadores blancos y negros.

Una vez que las autoridades locales habían dado la autorización para abrir las operaciones, la trata se desarrollaba según un esquema rutinario. Los esclavos traídos del interior o capturados a lo largo de la costa eran amontonados en una especie de almacenes infectos que se denominaban barracones. Alrededor de estos edificios siniestros se desplegaban las escenas infernales de la trata, en especial la separación de las madres de sus hijitos. Cuenta Pruneau de Pommegorge, empleado en la costa africana de 'la Compagnie des Indes (Compañía de las Indias) durante veintidós años: «Un día fui a ver a un comerciante. Me mostraron varios cautivos, entre los que se hallaba una mujer de veinte a veinticuatro años, extraordinariamente triste, hundida en el dolor, con el pecho ligeramente caído pero turgente, lo que me hizo pensar que acababa de perder a su hijo. Se lo pregunté al mercader. Me contestó que la mujer no tenía ninguno. Como a ella le estaba prohibido, bajo pena de muerte, decir una sola palabra, hice todo lo posible por apretarle el extremo del seno, del que salió suficiente leche como para indicarme claramente que la mujer todavía amamantaba. Yo insistí, diciendo que ella tenía un hijo. Impacientado por mis preguntas, el mercader me dijo que, a 'fin de cuentas, eso no debería preocuparme ni impedirme comprar a la mujer, ya que esa noche el niño iba a ser echado a las fieras. Me quedé de una pieza. Estaba a punto de retirarme para reflexionar sobre este 'hecho tan horrible, pero la primera cosa que me vino a la mente fue que yo podía salvar la vida al niño. Así, dije al mercader que compraría a la madre sólo si me incluía también al niño. El comerciante lo mandó traer rápidamente y yo se lo entregué a la madre inmediatamente que, no sabiendo cómo mostrarme su agradecimiento, cogía tierra con la mano y se la derramaba sobre la frente. Aunque en este caso no hice más que lo que toda persona honrada habría hecho en mi lugar, me retiré con un sentimiento a la vez delicioso y lleno de horror... Dado que estos crímenes se repetían casi a diario, me vi obligado a abstenerme de visitar a los mercaderes, pues mi fortuna no habría bastado para llevar a cabo tales buenas acciones»

El mismo autor agrega, a propósito de los negros: «No guerrean entre ellos ni se destruyen recíprocamente más que para vender a sus compatriotas a amos bárbaros... ¡Y son hombres, franceses que se dicen cristianos, a los que el interés hace cometer semejantes monstruosidades! »

La simple vista del campo de concentración hace estallar entre los cautivos —que ayer mismo iban y venían por su tierra natal— revueltas reprimidas salvajemente. Pruneau de Pommegorge nos describe una de ellas, en la isla de Gorea: «Quinientos esclavos organizaron un complot para aniquilar a los blancos. Pero son traicionados por un muchacho de once o doce años, aherrojado por un robo de poca monta, y que estaba echado entre los demás sobre un cuero de buey. Va a descubrirlo todo. A la vuelta del trabajo los esclavos se ven rodeados, aherrojados y bien esposados; al día siguiente se les hace comparecer ante una especie de tribunal. Pero sólo se procesa a los dos o tres dirigentes de la rebelión, que eran jefes en su país. Los dos jefes, lejos de negar el hecho o de intentar escapatorias, respondieron con coraje y decisión que nada era tan cierto, que 'habían querido acabar con la vida de todos los

blancos de la isla, no por odio contra ellos, sino más bien para que no pudiesen oponerse a su fuga, pues deseaban escapar para ir a reunirse de nuevo con su joven rey. Que estaban profundamente avergonzados por no haber muerto con las armas en la mano durante ‘la batalla, por él, y que ahora, ya que habían fracasado en su intento, preferían morir a permanecer cautivos. Ante tal respuesta, realmente romana, los demás cautivos gritaron a una:

« ¡Den guela, den guela!» («¡Es cierto, es cierto! »). Tras esto, el consejo de la dirección se reúne para deliberar. Para dar un escarmiento a todos, se decidió que los dos jefes de la revuelta serían condenados a muerte y ajusticiados al día siguiente en presencia de todos los cautivos y de los habitantes de la isla... Al día siguiente, todos los cautivos son reunidos en la sabana. Se ordena formar un círculo ovalado, abierto por un lado. Frente a la abertura se colocan dos pequeñas piezas de artillería, cargadas no con bala, sino únicamente con el taco. Finalmente, en la extremidad de la abertura se coloca a los jefes de la revuelta, que son muertos por el maestro cañonero, y sólo con el taco del cañón. Los dos desgraciados serán recogidos y arrojados a quince pasos del lugar donde habían sido cañoneados. Los demás cautivos, abatidos por un escarmiento tan terrible, se resignaron a la cautividad, atenazados por la más tremenda consternación. Si la ejecución parece terrible e inhumana, es una consecuencia necesaria del infame comercio que casi todos los europeos realizan en estas tierras»

Sólo tras un minucioso, completo y profundo examen anatómico, que no olvida ningún órgano, sólo después de un regateo encarnizado, pueden adjudicarse las piezas. Inmediatamente, los negros son marcados con un hierro al rojo con las iniciales del propietario en el pecho, las nalgas o el seno. La marca es indeleble.

Cuando el cargamento se completa, se producen nuevas escenas de separación: gran número de negros dejan en los barracones a parientes, a esposos y esposas, que aún no han sido comprados. En el momento de abandonar la tierra natal o de franquear la pasarela del barco, sobreviene la desesperación: hay esclavos que aprovechan un instante de descuido para lanzarse al agua y ahogarse; otros se asfixian con sus propias manos. Los demás, afeitados y desnudos, salvo un mínimo taparrabos para las mujeres, echados cuerpo contra cuerpo, a veces colocados «en cuchara», inician la larga travesía. Están tan apretados entre sí que nadan literalmente en un barrizal de sangre, vómitos y deyecciones de todo tipo. «Un día que hacía mucho calor», nos dice un autor, «y que yo estaba en camisa, entré en el local donde se hallaban los esclavos, pero un cuarto de hora después me encontraba tan abrumado por el calor y la pestilencia del aire que estuve a punto de desvanecerme. No sin gran trabajo, pude volver a cubierta. Pronto caí enfermo del mismo mal y languidecí varios meses antes de recuperar la salud y la fuerza.»

Como la travesía duraba dos meses, es fácil imaginar la mortandad, que era terrible debida a las epidemias, y para poner remedio, aun con el riesgo que entrañaba, se hacía subir a cubierta a los negros, con el fin de que tomasen el aire y de que comenzasen a trabajar en pequeñas faenas. Incluso se organizaban, a golpes si era necesario, bailes que pretendían elevar la moral de los más deprimidos.

Pese a ello, las rebeliones eran muy frecuentes. En ellas se linchaba a los miembros de la tripulación, pero solían acabar anegadas en sangre, a veces ametrallando la cubierta. Los cabecillas eran ejecutados, ahogados o azotados hasta sangrar, en presencia de todos. También se les hacía un corte en las nalgas con un cuchillo de cocina, y en la llaga se les introduce una mezcla de pimienta, vinagre, pólvora, etc. El líder de una huelga de hambre había de morir sobre el pontón, despedazado, y sus trozos servían de comida a los demás cautivos. Pero era frecuente que los condenados muriesen con alegría pintada en sus rostros: «Escucharon la orden de su muerte con las más vivas manifestaciones de alegría, y sólo retrasaron la ejecución el tiempo necesario para besar a sus parientes y amigos; luego, sin

ningún tipo de pesadumbre, mirando al verdugo con desprecio y rehusando que éste les pusiera la mano encima, se lanzaron al mar, en el que hallaron rápido remedio a sus males»

Antes de la llegada, los enfermos, que corrían el riesgo de no poderse vender, y por los que hubiera de pagarse quizá una tasa, eran lanzados al mar; esto sucedía sobre todo con los niños de pecho, más sensibles a las enfermedades. Y antes de ser vendidos en América, los esclavos solían ser cebados adecuadamente e incluso drogados, con el fin de que tuvieran un aspecto sano, aunque el volumen de los músculos y el brillo de la piel fuesen artificiales y pasajeros. Y de nuevo se repetían las escenas de la partida de la costa africana: examen de los ojos, de los dientes, del sexo, de manos y pies, y manotazos para poder juzgar así la resistencia real del sujeto (o más bien del objeto). Algunos llegaban a probar un poco de sudor del esclavo, para constatar si el brillo de su piel era real o se debía, por el contrario, a un bruñido superficial. Aun cuando, por fin, el esclavo era comprado por algún amo brasileño, cubano o norteamericano, no terminaba ahí su calvario. Más bien, comenzaba el segundo capítulo. Se le privaba de todo derecho. Incluso una legislación relativamente liberal, como el Código Negro de Colbert, consideraba al esclavo como un bien mueble y por ello transmisible o negociable. De ahí la existencia de anuncios como el siguiente: « Se vende un apartamento, situado en el Trou du Chat, que mide diez y seis cuadrados de tierra, cocina, almacén, conejera, despensa, un caballo, cuatro negros, etc.». En ocasiones, los desgraciados eran objeto de sorteos de lotería: «Hemos hecho un billete conforme a las etiquetas que estaban en los brazos de los negros (...). Y estos billetes, rubricados por nosotros, han sido depositados en cuatro sombreros diferentes, estando en el primero los machos de edad, tantas piezas de India cuantos viejos hay, es decir, los llamados viejos marcados; en el segundo sombrero, los billetes que contienen a las hembras adultas; en el tercero, los jóvenes negros, y en el cuarto, los negritos. Hecho esto, se ha procedido a la distribución, por sorteo, no antes de haber gritado el precio de cada pieza de negro, y cantado sus cualidades y estimación escritas en cada billete.»

El negro no es más que una moneda vulgar. Un pagaré que puede ser descontado, una letra de cambio en especie que satisface una deuda. En una palabra, la carne humana es la unidad de moneda. « Las cabezas de negros —dice Raynal— representan el numerario de los Estados de Guinea» ~ Como vemos, la «madera de ébano» ha sido muerta, adeudada, vendida, transportada y distribuida como la verdadera madera. ¿Cuántos negros fueron vendidos de esta manera? No es fácil evaluar la amplitud de la trata, pues el tráfico se prolongó durante siglos, con cadencia acelerada, pues la mortalidad era altísima en las plantaciones americanas. Y un terrateniente prefería comprar un esclavo nuevo a cuidar a otro enfermo.

4. El movimiento abolicionista

Con todo, desde el siglo xviii algunos europeos comienzan a quedar impresionados por el genocidio perpetrado fríamente por Europa a escala continental. Ciertos filósofos franceses del siglo xviii, Voltaire entre otros, tomaron postura en contra del tráfico de negros. Los abates Raynal y Grégoire, con la Société des Amis des Noirs (Sociedad de Amigos de los Negros), inician la ofensiva contra la esclavitud de los negros. Ya sabemos que la decisión tomada en este sentido por la Convención, durante la Revolución francesa, en 1794, va a ser anulada por el primer cónsul Napoleón Bonaparte. Este, ya desde su expedición a Egipto, había adquirido varios negros, que estuvieron al servicio en la Grande Armée hasta Moscú y durante la retirada de Rusia. Los papas, que en un principio habían bendecido la trata, siempre que los esclavos fuesen bautizados, tardaron cierto tiempo en percatarse de que el capellán formaba parte de la tripulación únicamente porque no se podía evitar... De vez en cuando, como hicieron Alejandro III o Pablo II (Breve del 20 de junio de 1537), lanzaban sus rayos contra los abusos del sistema, cuando en realidad los abusos eran inherentes al sistema.

Sólo en el siglo xix Roma iniciará una campaña de amplitud en contra del esclavismo, pero dirigida sobre todo, en realidad, contra la trata oriental .

En Gran Bretaña el despertar de las corrientes religiosas, como la de los cuáqueros o la de los metodistas, va a facilitar el movimiento antiesclavista. Hombres influidos por ellos, como Clarkson o Wilberforce, llevados por sentimientos filantrópicos, trataron de conmover a la opinión pública, sin demasiado éxito, al menos hasta que los empresarios no comenzaron a interesarse en el asunto. En efecto, Gran Bretaña, que era la primera potencia europea que iniciara la revolución industrial, rebosaba ‘de productos manufacturados y buscaba salidas regulares y seguras para ellos. Ahora, los negros que interesaban ya no eran los productores manuales, sino los consumidores de tejidos de Manchester y de útiles y herramientas de Birmingham o de Sheffield. Gran Bretaña, que había sacrificado su agricultura en aras de la industria, tenía una imperiosa necesidad del comercio mundial, incluido el africano. Por otro lado, acababa de perder sus colonias americanas, y acababa de conquistar la India. De este modo, las corrientes idealistas iban a desembocar en el gran río de los intereses, que conduciría a Gran Bretaña a una actividad antiesclavista muy enérgica en sus propios territorios y en el océano Atlántico. Numerosos barcos-gendarme recorrieron el océano, dotados de bandera británica, no dudando en inspeccionar, abordar o hundir a los navíos negreros de otros países. Ya en 1772 Gran Bretaña prohibía la esclavitud en su territorio; luego, en 1807, prohibía la trata en sus colonias. Y en 1834 liberaba a todos ‘los esclavos del imperio.

5. Cifras

Durante más de cuatro siglos, entre el xv y el xix, ¿cuántos negros fueron vendidos de esta manera? Los elementos estadísticos que se obtienen de los libros de a bordo de los barcos o de los puertos negreros no permiten llegar a conclusiones exactas, sino tan sólo aproximadas, que dejan vía libre a la discusión. Se han propuesto numerosas cifras. W. E. B. Dubois da la cifra de quince millones de esclavos vendidos. Y calcula que por cada esclavo que llegaba a América, cuatro morían por el camino. Lo que nos da sesenta millones, ‘a los que ‘hay que añadir los millones de la trata oriental, es decir, una cifra redonda de noventa a cien millones. La Ronciere eleva la cifra en veinte millones más, sin contar el siglo xvi y deteniéndose en 1848. Pero añade que «el profesor Rinchon estima en trece millones y cuarto a los deportados kongoleños exclusivamente».

Pruneau de Pommegorge estima que las costas africanas proporcionaban cuarenta y cinco mil esclavos al año, y por cada cuarenta y cinco mil, añade, son muertos un número indefinido de hombres. En el siglo xviii Frossard escribía: «Si limitamos a treinta y seis mil el número medio de negros sacados anualmente de Guinea (ahora se exportan más de cien mil negros al año), y si lo multiplicamos por el número de años transcurridos desde el comienzo de la trata, constataremos con horror que suman un total de más de diez millones de ciudadanos perdidos para su patria. Pero si consideramos que por cada negro extraído de Africa ha habido otros cinco muertos en las batallas, durante las largas marchas, o por desesperación, estaremos de acuerdo en indignarnos justamente por la ambición europea, que ha robado a Africa al menos sesenta millones de habitantes.»

El R. P. Monens, jesuita, llega aproximadamente a la misma conclusión: «Calculando por bajo, puede afirmarse que fueron reducidos a la esclavitud diez millones de negros y, sin exagerar, hay que contar por cada negro vendido, otros cinco muertos en Africa, durante el camino o en el mar.» Y añadiendo la cifra de la trata oriental, calcula la cifra de cien millones de esclavos ~ El 20 de noviembre de 1890 el papa León XIII escribía: «La esclavitud repugna a la religión y a la dignidad humana. Nos hemos visto afectados dolorosamente ante el relato de las miserias que afligen a la población entera de ciertas partes de Africa interior. Es

doloroso y horrible constatar, como Nos hicimos, informados por personas dignas de confianza, que cuatrocientos mil africanos, sin distinción de edad o de sexo, son sacados cada año violentamente de sus aldeas para, con los brazos encadenados y bajo los golpes del látigo de sus conductores, ser arrastrados implacablemente hasta los mercados, donde son expuestos y vendidos, como ganado, en subasta.>~ Queneuil, en su tesis sobre la trata de negros, llega a la cifra total de ochenta millones. Duvasse, a cien millones. Así pues, podemos estimar que alrededor de cien millones de hombres y de mujeres fueron arrancados literalmente de Africa desde el siglo xv; el mínimo podría cifrarse en cincuenta millones. Si comparamos tales cifras no con la población actual de Africa Negra, sino con la población de los siglos xviii y xix, podremos constatar la importancia de la sangría humana que padeció el continente negro.

C. Consecuencias de la trata de negros

1. En Africa

Algunos historiadores europeos, deseosos de minimizar la importancia de la trata de negros, regatean las cifras, como si diez millones más o menos en un fenómeno de tal envergadura pudieran cambiar su dimensión ‘histórica o incluso su dimensión moral. Otros ~, indican que las zonas costeras, precisamente donde la trata se ensañó, son precisamente las más pobladas ‘hoy en día. ¿Acaso desearían afirmar, diciendo esto, que, contrariamente a lo que se cree, la trata contribuyó a repoblar Africa? Simplemente, parecen ignorar que más allá de las regiones costeras donde la trata era controlada por reinos importantes, existen con frecuencia verdaderas no mans’s lands. Los pueblos segmentarios que vivían en ellas fueron diezmados y se desplazaron hacia otros lugares, para caer de nuevo en la órbita de otra potencia interesada en la trata. Los pueblos costeros, cuando se hallaban suficientemente organizados, no fueron víctimas de la trata. Notemos además que los primeros viajeros europeos se percataron ya entonces

de la existencia de una fuerte densidad demográfica en las porciones costeras más favorecidas desde el punto de vista climático (Senegal, costa de Benín, región del Kongo). Añadamos que han sido estas regiones las que más se han beneficiado con los nuevos cultivos traídos de América. Hablamos del maíz, de la mandioca y del tabaco, entre otros. Ciertos autores estiman que tales aportes alimenticios debieron compensar las pérdidas ocasionadas por la trata de negros. Pero no es difícil responder a especulaciones tan escabrosas. Tenemos nuestras reservas sobre el poder estimulante del tabaco desde un punto de vista demográfico, y es oportuno hacer observar que la mandioca, aún hoy, no ha sido adoptada por todas las comunidades, muchas de las cuales también padecieron la trata; y debemos añadir, asimismo, que se precisa gente y tiempo para cultivar la mandioca y el maíz en cuestión. Ahora bien, la trata precisamente lanzaba a la guerra y al saqueo a los pueblos más fuertes, y empujaba a la huida, o al menos a una vuelta a la recolección, a los más débiles. Lo que limitaba tanto la producción de alimentos exóticos como la de los autóctonos.

Un autor portugués afirma que los pueblos de la costa ignoraban el arte de la guerra hasta el momento en que fueron anexionados por Ahorné, es decir, por una potencia basada en el comercio negrero. Y el capitán John Hall nos informa, ‘hacia 1775, del hecho de que era suficiente avistar un barco negrero para que las poblaciones de Old Calabar se lanzasen sobre sus canoas ‘hacia el interior para la cacería ‘humana.

Asimismo, el carácter atrayente de la costa, sobre todo desde el siglo xix, en especial tras las migraciones masivas de los territorios franceses a la sabana, ha contribuido a aumentar su ya elevada densidad, al concentrar sobre sí la mano de obra destinada a la nueva economía de plantaciones.

Pero más que la cantidad, aquí interesa el impacto cualitativo que padeció la población de Africa: observación que se refiere a los términos de intercambio, es decir, al hecho de que

los negros ofreciesen productos preciados (oro, marfil, esclavos, es decir, hombres), contra productos que con frecuencia eran de valor ínfimo o perjudiciales:

«Por un clavo de barco cualquiera, nos dan un colmillo de elefante» ~. Asimismo, la trata provocó una selección, un tamizado general de las poblaciones africanas, arrebatando al continente a los más jóvenes, a los más vigorosos y a los más sanos; ya durante las «cacerías», en el interior, se producía algún tipo de selección.

Es muy posible que la mortalidad infantil se agravase: los niños eran separados de sus madres, o bien muertos sin más. A su llegada a la factoría, los capturados sufrían una nueva selección por parte de los negreros: «No queremos viejos de piel arrugada, de testículos colgantes o encogidos», dice una instrucción de 1769. «Nada de negros de gran talla y flacos, de pecho estrecho, de vista perdida y aire imbécil». Y respecto a las mujeres: «Ni pechos levantados ni tetas flácidas.» Al contrario. Lo que el negrero desea son: «jóvenes sin barba y muchachas de pechos erguidos». Wilberforce cita el caso de un cargamento del que, sobre ciento treinta esclavos, había veinticinco que sabían escribir árabe. En otros términos, el transporte humano se ha efectuado en los sectores de población más necesarios desde el punto de vista del dinamismo y del progreso de una comunidad, es decir, a costa de los mejores procreadores y productores.

A todo esto debemos añadir el gigantesco movimiento de poblaciones que se operó a causa de la trata. Numerosos pueblos africanos ocupan su emplazamiento actual desde los traslados ocasionados por la trata. Algunos incluso fueron obligados a buscar refugio en grutas o en casas sobre postes, como en el lago Nyassa. Lo mismo sucedió con los kabré, los dogon, los koniagui y los basan. Si apuntamos además que las poblaciones negras se fundamentan en una economía agrícola, es decir, sobre la estabilidad y la permanencia, es fácil intuir el desarraigo sufrido a causa de la trata. En el caos general, la idea de producir y de acumular se desvanecía totalmente.

Finalmente, la trata hacía crónicas las guerras, la violencia tribal e intertribal. Y esta guerra se hacía a partir de ahora con medios más destructores; un mayor número de esclavos permitía adquirir un mayor número de fusiles, y más fusiles permitían a su vez conseguir más esclavos; los gobernantes costeros se hallaban presos en un engranaje infernal alimentado por el negrero, y que ellos mismos alimentaban, como dice Pruneau de Pommegorge: «Por nuestra actividad criminal, estos pueblos han sido transformados en bestias feroces; sólo combaten entre sí, sólo se destruyen recíprocamente para vender a sus compatriotas a amos bárbaros. Los monarcas, también ellos, sólo ven en sus súbditos una mercancía que puede servirles para obtener lo que su capricho les dicta.»

La trata, pues, conllevó un trauma moral e ideológico que contagió a numerosos africanos. Los cazadores de esclavos perdieron su antigua idea del hombre; los mismo que los kongoleños, de los que los europeos decían que poseían una elevada idea de sí mismos. En la Costa de Oro, por ejemplo, algunos monarcas llegaron a mantener a «gran número de mujeres que tenían, por único oficio, seducir cada noche jóvenes sin experiencia». Consumado el delito, o incluso durante su consumación, tales mujeres denunciaban a los infortunados que se habían dejado seducir; se montaba rápidamente un proceso y el culpable era conducido al mercado de esclavos. En ocasiones, se ha dicho, algunas mujeres realizaban su trabajo «de acuerdo con sus maridos».

Ciertos autores, que especulan sobre la trata de negros que realizaban los árabes y que afirman que ésta ha durado mucho más tiempo que la llevada a cabo por los europeos, pretenden que la trata oriental ha arrebatado a África un mayor número de individuos que la occidental. Pero debemos distinguir en este caso, entre los tratantes, por un lado, que solían ser bandidos sin escrúpulos, y los consumidores, que se servían con gran frecuencia de negros para fines domésticos; al parecer, las mujeres negras eran las preferidas para los harenes por la tersura de su piel. En cuanto a los hombres, solían ser utilizados como mercenarios o bien

como guardias de palacio. Para ello solían ser castrados, en parte para evitar la formación de una casta que hubiera podido convertirse en peligrosa para el poder establecido. Algunos centros mosi y bausa estaban especializados en la «preparación» de eunucos destinados al mundo musulmán. Pero pese a la mencionada penalidad física, y aunque en ocasiones, como en el caso de Zanzíbar, las plantaciones emplearon muy tardíamente mano de obra negra servil, no es posible objetivamente colocar al mismo nivel la trata oriental y la atlántica, que se llevaba cabo con medios mucho más poderosos.

2. En Europa

Acaparando un quinto de la estructura de los puertos negreros, y llegando además hasta Africa oriental con el fin de satisfacer una demanda mucho más considerable que la de los califas y sultanes musulmanes, los pachás y visires de Lisboa, de Nantes o de Liverpool controlaban la trata doméstica europea y la trata industrial de América. En todo caso, Europa utilizó a los trabajadores negros como acumuladores de riqueza. «Gracias a los considerables beneficios del tráfico negrero —300 a 800 por 100— el comercio de alto nivel de los europeos podrá autofinanciar sus actividades y crear diversas industrias de transformación, cuyo nacimiento marca el de la gran industria» 21 En concepto de capital-trabajo y de materias primas, Africa Negra ha contribuido así, y en contra de su voluntad, al despegue económico de Europa, continuando con ese papel todo el período colonial o neocolonial.

En pocas palabras, la trata de negros ha sido para Africa Negra un giro macabro que estuvo a punto de conducir a esta raza a la desaparición total, como sucedió prácticamente con los indios en América del Norte y del Sur, y sobre todo teniendo en cuenta que sus efectos se prolongaron durante medio milenio. Con todo, el dinamismo negro-africano, esterilizado como con un hierro al rojo durante siglos, va a sobrevivir, e incluso, en un medio nefasto, a dar a luz todavía a algunas obras maestras.

3. Los negros en América: muerte y resurrección

La fuerza de trabajo negra propulsó literalmente la economía de los países de allende el Atlántico. Nos referimos sobre todo a los Estados latinoamericanos costeros, sobre todo a Brasil, a las islas llamadas «Indias Occidentales», y a América septentrional ~. Cargamentos de esclavos negros fueron desembarcados en las islas del mar Caribe. En el siglo xviii, los negros eran ya once veces más numerosos que los blancos, que no servían más que para mantenerlos a raya (doscientos cincuenta mil contra veinte mil). En Brasil los negros han sido más numerosos, con mucho, que los blancos hasta el siglo XIX; a fines del xviii eran dos veces más numerosos. Por lo que respecta a la América del Norte, sólo los estados meridionales gozaban de un clima soportable para los esclavos negros. Los plantadores sureños los emplearon en gran número, y en el momento de la guerra de Independencia, los Estados del sur eran los más prósperos del país; los negros componían casi el cincuenta por ciento de la población ~. La obra económica de los negros americanos no suele recordarse hoy, cuando el maquinismo tiende a prevalecer incluso en el medio agrícola, al menos en América del Norte. Sin embargo, debemos subrayar su importancia, pues en los siglos xvii y xviii, la única máquina existente era el motor de ébano. Los negros formaban grupos de trabajo de cien, doscientos, quinientos, a veces de mil individuos que podían pertenecer a un solo dueño. Trabajaban por equipos en los campos de caña de azúcar, de arroz, de algodón, de añil, de cale. En Brasil puede decirse que los negros, excelentes herreros y agricultores, y al haber encontrado tierras más fértiles que en Africa, llevaron literalmente el progreso al país, basado hasta ese momento en un tipo de agricultura muy primitivo.

El negro, ya esclavo a su llegada, era despojado de su nombre, separado de su familia y de los vecinos de su comunidad. Caía así en el anonimato de la servidumbre, y la rotación y rápida dispersión de los obreros los sometía a una atomización tal que se convertían en objetos sumergidos en la alienación absoluta. Desde este momento carecían de toda

referencia social. Las mujeres que, como en Africa, trabajaban en la plantación y en casa, cumplieron además de su papel económico, otro biológico, social y cultural de primer orden. Siendo muy poco numerosas con respecto a los hombres —la relación era de una mujer por cada dos, cada cinco y a veces cada quince hombres—, fueron realmente la mujer y la madre comunes. Apegadas aún más que los ‘hombres al continente perdido, sus canciones de cuna, sus cuentos, sus danzas representaron durante siglos el único hilo de araña, frágil pero irrompible, que formaba un puente con Africa. La rotación geográfica y cronológica de los esclavos era de tal envergadura que sin la estabilidad más sólida de la mujer, muchos elementos de la ‘herencia negro-africana habrían desaparecido.

La duración media de la vida de un esclavo era de cinco a siete años. Pese a los abortos y a los infanticidios, la mujer africana jugó un papel histórico en la supervivencia biológica y cultural. Debido a la escasez de mujeres blancas, y pese a los decretos sobre endogamia que, como el de 1778 en las Antillas francesas, prohibían los matrimonios mixtos, la mujer negra se convirtió con frecuencia en esposa, en madre o al menos en nodriza, para el amo de la «casa grande». La leche blanca que salía del cuerpo de ébano nutría a todo este mundo abigarrado de esencias negro-africanas, sin conseguir inculcarles el sentido de igualdad. En efecto, en los virreinos y en las capitanías generales la «pigmentocracia» ocupó el lugar del sistema socioeconómico y político. Como en los registros de un inmenso potrero humano, una especie de refinamiento veterinario presidía la estratificación de la autoridad social, desde los blancos peninsulares y criollos, que se encontraban en la cúspide, hasta los indios y negros, situados en la base, pasando por una increíble y con frecuencia espléndida mezcla intermedia: mestizos, mulatos, zambos, pardos, «cabaros», «cabalos», etc. ‘~.

Con los horrores más inauditos —un plantador de Haití llegó a cortar la lengua a sus criados para ser servido «en silencio»— coexistirán en ocasiones relaciones más humanas. Algunos negros y mulatos, a fuerza de paciencia y de demostrar su capacidad, podían convertirse en pequeños artesanos: zapateros, albañiles, aguadores, etcétera. Otros, libertos, llegarán a ser capataces y comendadores, sustituyendo al amo en el manejo del látigo que, junto al canto, señalaba el ritmo del trabajo de las plantaciones.

Por todo esto, no es de extrañar que las resistencias que se habían manifestado ya en Africa, aumentasen en América. Se expresaban en el suicidio, la automutilación, el sabotaje de los bienes del amo, su envenenamiento, e incluso por su destrucción física por medio de las armas o utensilios disponibles. Las sangrientas represiones sólo producían un recrudescimiento de las revueltas, que desembocaban en el cimarronaje aislado o colectivo. Los negros cimarrones, es decir, fugitivos, se escondían en las zonas menos frecuentadas (bosques, montes, desiertos, marismas), que se convertían en centros habitados clandestinos: los quilombos. Por ejemplo, el quilombo de los llamados Bush-Negros de la Guaya ‘holandesa, cuya autonomía, conquistada entonces, subsiste aún hoy día; o los quilombos colombianos, peruanos, gautemaltecos. Y también fue la república de Palmares en el nordeste brasileño. Detengámonos brevemente sobre esta última: estructurada según el estilo africano, pues el poder pasó de su primer gobernante, Ganga Zumba, a su sobrino Zumbi, llegó a reunir ‘hasta veinticinco mil negros cimarrones aproximadamente. Las jefaturas, los mercados, la justicia se hallaban organizados según el modelo africano. A los intentos de reconquista por parte de los portugueses, Palmares contestó con la guerrilla; y sólo en 1697, tras casi un siglo de resistencia, fue sometida definitivamente.

En el momento de las guerras de independencia, que liberarán ciertas zonas del vasto ámbito esclavista, la concepción cimarrona de la libertad, que tendía a un cambio cualitativo de las estructuras, chocará con la concepción criolla que tenía la intención de perpetuar la situación anterior, aunque suprimiendo simplemente el estatuto jurídico de la esclavitud.

Esta última concepción logró prevalecer hasta hoy salvo en Cuba: fue un general de origen africano, Antonio Maceo, quien en 1868 va a conducir la lucha de liberación de Cuba

contra la dominación española. Cuando un cubano de origen español le aconsejó que constituyese regimientos de blancos y de no blancos, Maceo replicó: «Si usted no fuese blanco, le ‘habría hecho fusilar inmediatamente, pero no deseo ser acusado de ser racista como usted. ¡ Váyase! Pero le prevengo que la próxima vez no seré tan paciente. La revolución no tiene color.»

En la afirmación colectiva de su personalidad política, a los negros les ha sido negativo y perjudicial la ausencia de lenguas comunes. Con todo, en 1804, gracias a la poderosa insurrección dirigida por Toussaint-Louverture, se fundó en Haití la primera república negra. Además en Brasil se ha formado una sociedad multirracial que, después de la abolición de la esclavitud en 1836, renunciará parcialmente a la segregación. Sólo las islas, con sus criollos, y América del Norte, arrastrarán hasta nuestros días el peso de los prejuicios y prohibiciones de otros tiempos.

En tales condiciones, sólo en el campo cultural podrán ‘los negros expresarse realmente. El trabajo de los campos de algodón era ya presidido por el ritmo de los cantos que salían como lava ardiente de las entrañas de los hombres y mujeres oprimidos. Estos lamentos, trasladados a los cultos religiosos, darán los negro spirituals, y más tarde el jazz. En Brasil y en las Antillas la huella negra es aún más neta, en la música sobre todo, pues los esclavos trasplantaron a las Américas el pulso palpitante de Africa, que resuena en el tamtam. Los batuques, o la samba en círculo, que se bailan con ocasión de las fiestas semanales, permitieron a los diversos grupos étnicos superar sus diferencias culturales para buscar un denominador común, para crear un arte simplemente africano, aunque influido por elementos europeos. También los dioses africanos habían cruzado el Atlántico en la pestilencia y en el tufo de las sentinas para continuar, junto a los negros, su tarea auxiliadora, ahora más necesaria que nunca. Durante generaciones. Alá fue invocado por tukolor, fula y bausa, que consiguieron introducir el Corán para sus lecturas piadosas; el dominio de una escritura ignorada por el amo se convirtió en un temible medio de resistencia.

Por debajo de un barniz de cristianismo, que a veces se limitaba a la apresurada formalidad del bautismo, vivían todavía los dioses africanos de la costa de Benín. Al parecer, la tía del rey Ghezo, deportada por Adandozan, fue la introductora del culto de los vodun o vodú, de la familia real de Dahomé, en Sao Luiz de Maranhao, en Brasil. El Vodun africano, con sus ritos de posesión y de éxtasis, se conservó en Haití como un viático en los caminos del sufrimiento. Sin embargo, los dioses más venerados en América no eran ya los símbolos de la fecundidad o de la prosperidad agrícola, ni la deliciosa Yemandyá, que personificaba la espuma alegre, turbulenta y resplandeciente del oleaje marino 24 Eran los dioses de la lucha, de la violencia, de la ruptura y del rechazo: Shango, dios del trueno; Ogun, dios de ios herreros; Eshu, inevitable intermediario de ios dioses, pero también principio dinámico del cambio y del deseo insatisfecho. El culto a los difuntos, tan característico de la religión de los africanos, para los cuales los muertos no viven, pero existen con mayor fuerza que aquí abajo, adquirió en el contexto esclavista un significado que alcanzaba lo sublime: los muertos, ya liberados de la férula del amo-tirano, efectuarían, según se creía, en sentido inverso, el infernal viaje a través del Océano; bogando sin trabas ‘hacia el continente amado, se reunirían con el conjunto venerado de los antepasados, allá, más allá de la «gran agua», «allá, en el país de Guinea». Testigo de esta patética nostalgia es la cantinela siguiente: «Dios de Angola, dios de Angola, tú enseñarás tres palabras de plegaria, tres padrenuestros, tres avemarías, que permitirán al africano volver a Guinea. »

Resumiendo, han sido demasiadas las fuerzas vivas y las energías creadoras engullidas por la trata como para que no la consideremos un giro trascendental en la historia de Africa Negra. Asimismo, es difícil realizar un balance de la trata, pues es casi imposible contabilizar el daño y la alteración sufrida por los seres humanos.

4. Los afro-brasileños

Los negros y mulatos que pudieron volver a Africa, como si hubieran sido restituidos al continente negro por 'la resaca del tráfico negrero, van a jugar un papel social de importancia, que no guarda proporción con el porcentaje formado por su número en el resto de la población.

Durante su célebre viaje por el Africa sudánica central, Barth afirma haber visto, junto a Sokoto, una pequeña plantación de caña de azúcar, a la que se hallaba adosada una refinería rudimentaria, bajo la dirección de un fula que había sido esclavo en Brasil durante veinticinco años. Pero fue sobre todo en la costa de Benin, en Angola, en Dahomé, Togo y Nigeria donde se concentró el mayor número de esclavos que volvieron a Africa. Aquí, los afro-brasileños entraron en un proceso de integración socioeconómica y política, dotados además de gran originalidad cultural. Los afro-brasileños fueron «instalados» a la africana, gracias a las concesiones de tierras donadas por Adandozan y Ghezo, en Dahomé, y por Kosoko en Lagos.

Muchos de ellos se lanzarán decididamente y con gran actividad a la trata de esclavos, de la que acababan de escapar, y más tarde, al tráfico de aceite de palma. Para ello, recibieron de los monarcas de Ahorné el monopolio del papel de intermediarios. Los reyes les ofrecieron asimismo mujeres e incluso princesas, además de ciertos privilegios de orden político, como el derecho a portar la gran sombrilla, al asiento de honor y al tamtam de las amazonas.

Los afro-brasileños, muchos de los cuales tuvieron éxito en la industria artesanal, y como técnicos o encargados se lanzaban con frecuencia al tráfico atlántico, con el mismo resultado. Jodo da Rocha, de Lagos, llevaba a cabo el comercio entre esta última ciudad y la de Bahía, en Brasil, transportando a ultramar las imágenes y objetos de culto exigidos para los rituales de los dioses yoruba del Brasil; de vuelta, traía productos y condimentos americanos pedidos por los afro-brasileños para su cocina. Su fortuna aumentó de tal modo que «da Rocha» llegó a significar, en Lagos, un nombre común que significaba «riquísimo».

Otros se especializaron en la promoción agrícola, como un tal Domingos José Martinho, que traerá de América todo tipo de plantas (mandioca, caña de azúcar, naranjos, piñas, papayas) y cuyos huertos se hicieron célebres en la costa africana.

Estas ventajas no impidieron, sin embargo, que los afro-brasileños se integraran estrechamente en las estructuras de los países costeros. Es cierto que poseían sus características, su propio modo de vida, que revelaba una gran originalidad cultural, cuyo elemento principal era la 'lengua: si el patio ibérico no era más que una versión del patio africano, las casas con balcones y columnas, las puertas y rejas de hierro forjado, los relieves de leones, elefantes y perros heráldicos, el uso' del ron, de cigarros, de hamacas y de batas, todo ello, identificaba a los afro-'brasileños. Y el mimetismo cultural de sus parientes y de su clientela transformaron rápidamente algunos barrios de Lagos o de Widah en réplicas africanas de Bahía. Con todo, no puede hablarse de autonomía con respecto al poder local: los afro-brasileños de Dahomé, al referirse al monarca de Abomé, decían «nuestro rey».

F. F. de Souza; que obtuvo el título de Chacha (o Shasha), había llegado pobre a Africa, pero se había convertido en acreedor del rey Adandozan. Un día fue arrestado por este último, encarcelado y metido en una tina de añil durante medio día, quizá para hacerle recuperar algo del color local... Ligado a Ghezo, sucesor de Adandozan, por un pacto de sangre, poseía en Widah una autoridad mayor que la del ministro residente del rey, el Yevogan. Ghezo, inquieto por su poder, no dudará en retirarle el monopolio comercial y en imponerle fuertes multas. J. F. de Souza, el quinto chacha, que más adelante intentará hacer caer a Dahomé bajo el protectorado portugués, verá cómo sus bienes son confiscados y el techo de su casa destruido, en tanto que él era encarcelado.

En Lagos, el rey Kosoko impuso a los «brasileños», a cambio de concesiones de tierras, una contraconcesión de diez sacos de cauris al año. En términos generales, los reyes solían recuperar 'las tres cuartas partes de los bienes de los afro-brasileños, cuando éstos morían. De

este modo, el poder político africano limitó irresistiblemente el surgimiento de un poder económico que podía llegar a convertirse en competidor.

Añadamos que la originalidad cultural, caracterizada por ‘la práctica de la religión católica, no impedía la tolerancia ni el sincretismo. Los afro-brasileños estaban lejos de ser prosélitos del cristianismo o del Islam, lo que dejaba desconsolados completamente a sus correligionarios bausa del norte. .En una misma familia confraternizaban musulmanes y cristianos, y cuando se salía de la mezquita, se iba a esperar a los parientes a la puerta de la iglesia. La procesión cristiana del Año Nuevo coincidía con la fiesta religiosa de los «paganos» de Ajarra. En tal ocasión, los habitantes de Porto-Novu podían contemplar toda una teoría de vivos colores, que comenzaba con las Hijas de María y las mujeres de la cofradía de Nuestra Señora de los Placeres, para terminar con los morabitos que desgranaban sus rosarios, y con las máscaras hirsutas de los «brujos», sin olvidar a los pequeños bufones afro-brasileños, que rivalizaban en payasadas con los demás, vestidos todos con sus ropas de un gusto deliberadamente dudoso, o se desgañitaban con las canciones o los refranes profanos de moda.

Cuando en el siglo xix el poder portugués es borrado por la preponderancia francesa o británica, los afro-brasileños se dispondrán a llevar a cabo una nueva integración, siguiendo los surcos del sistema colonial.